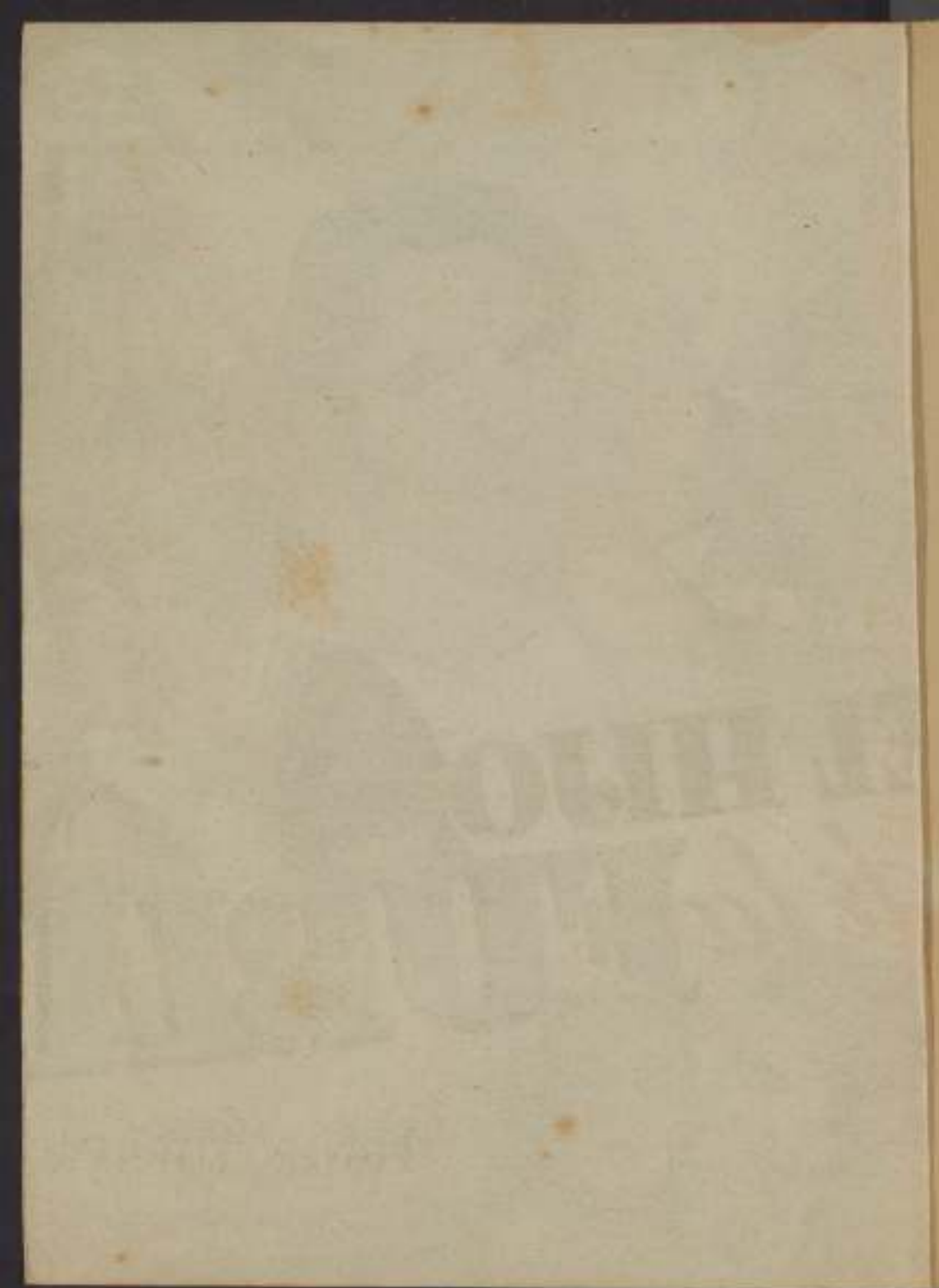
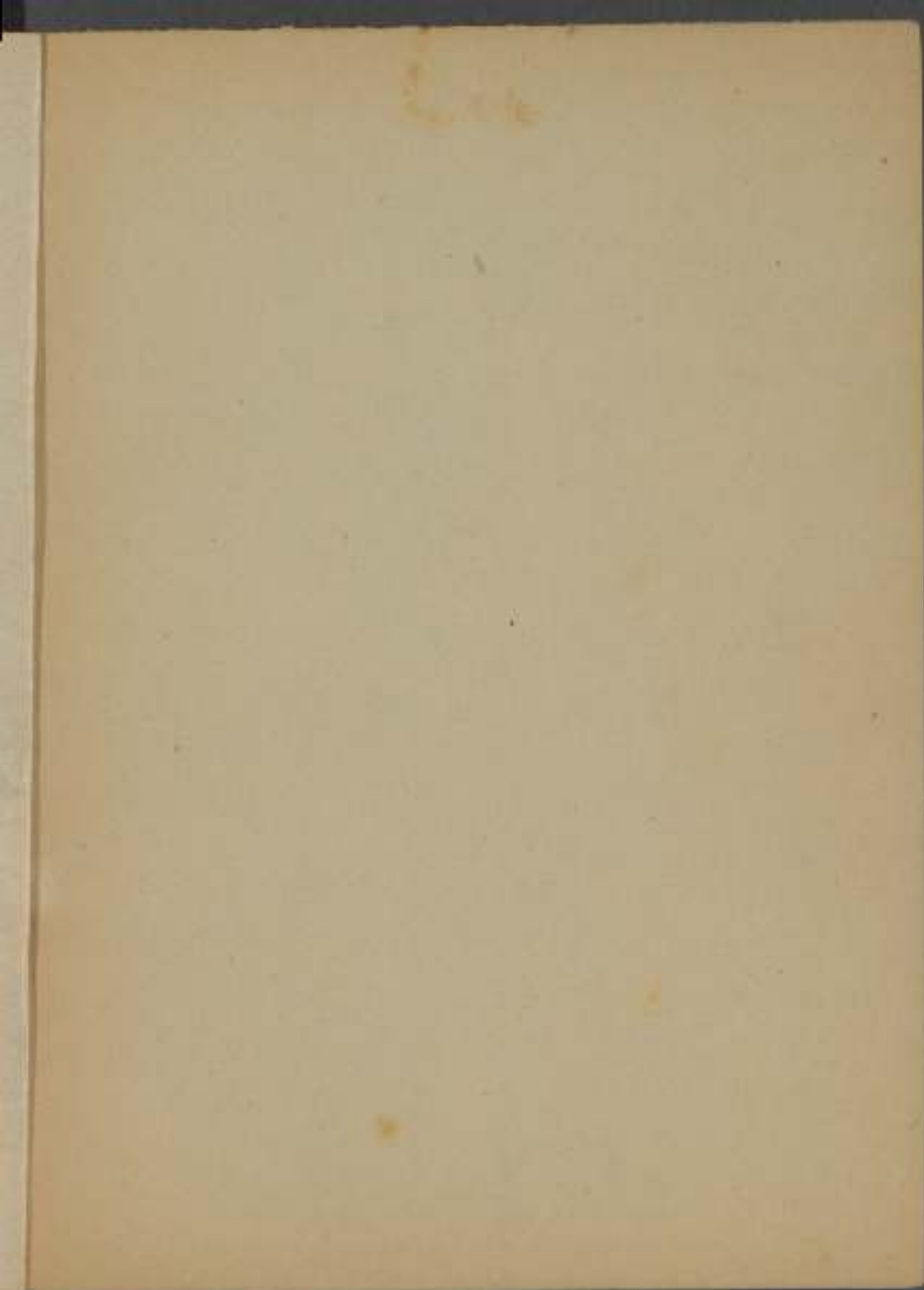


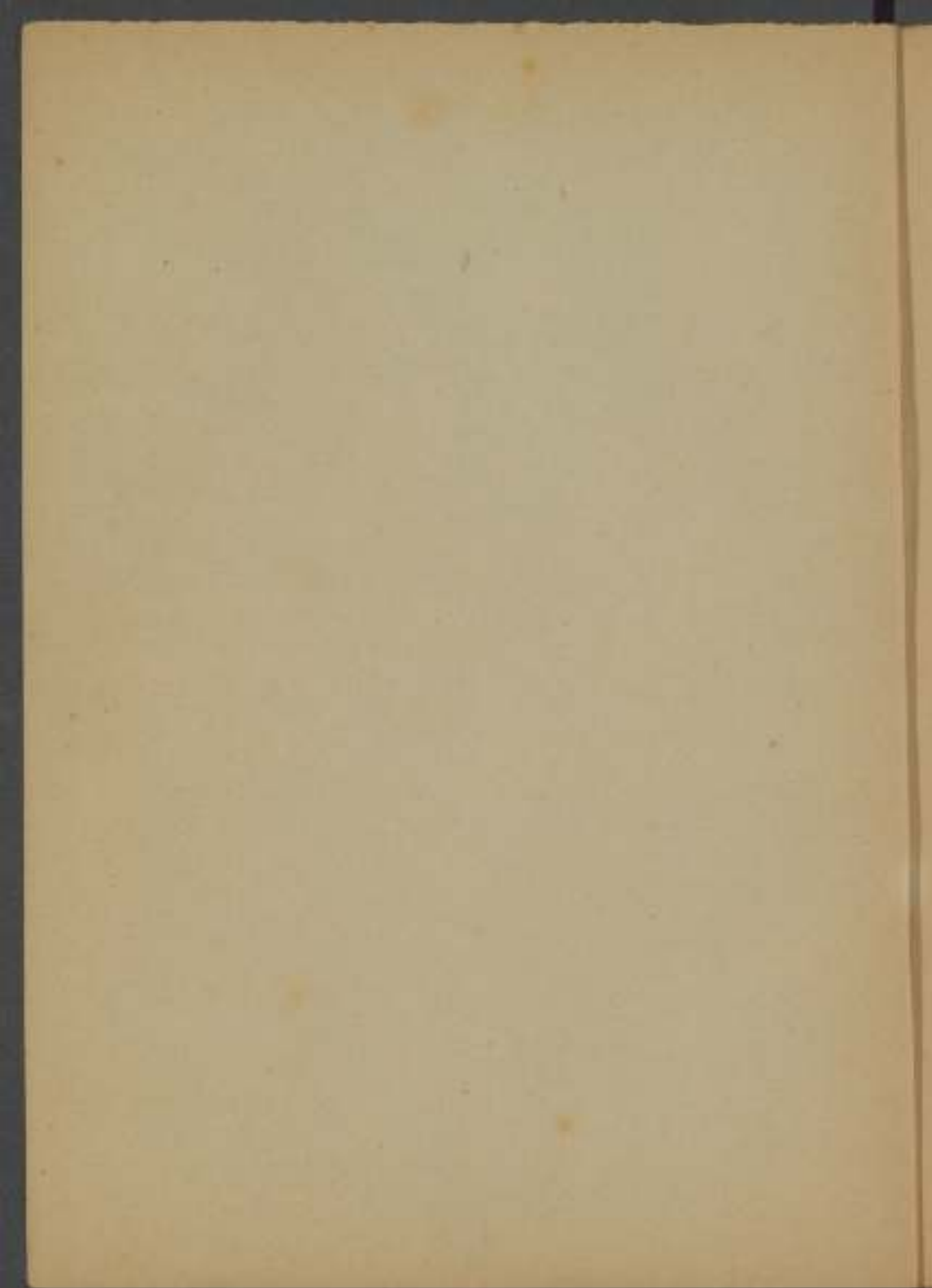


EL HIJO *de la* FURIA

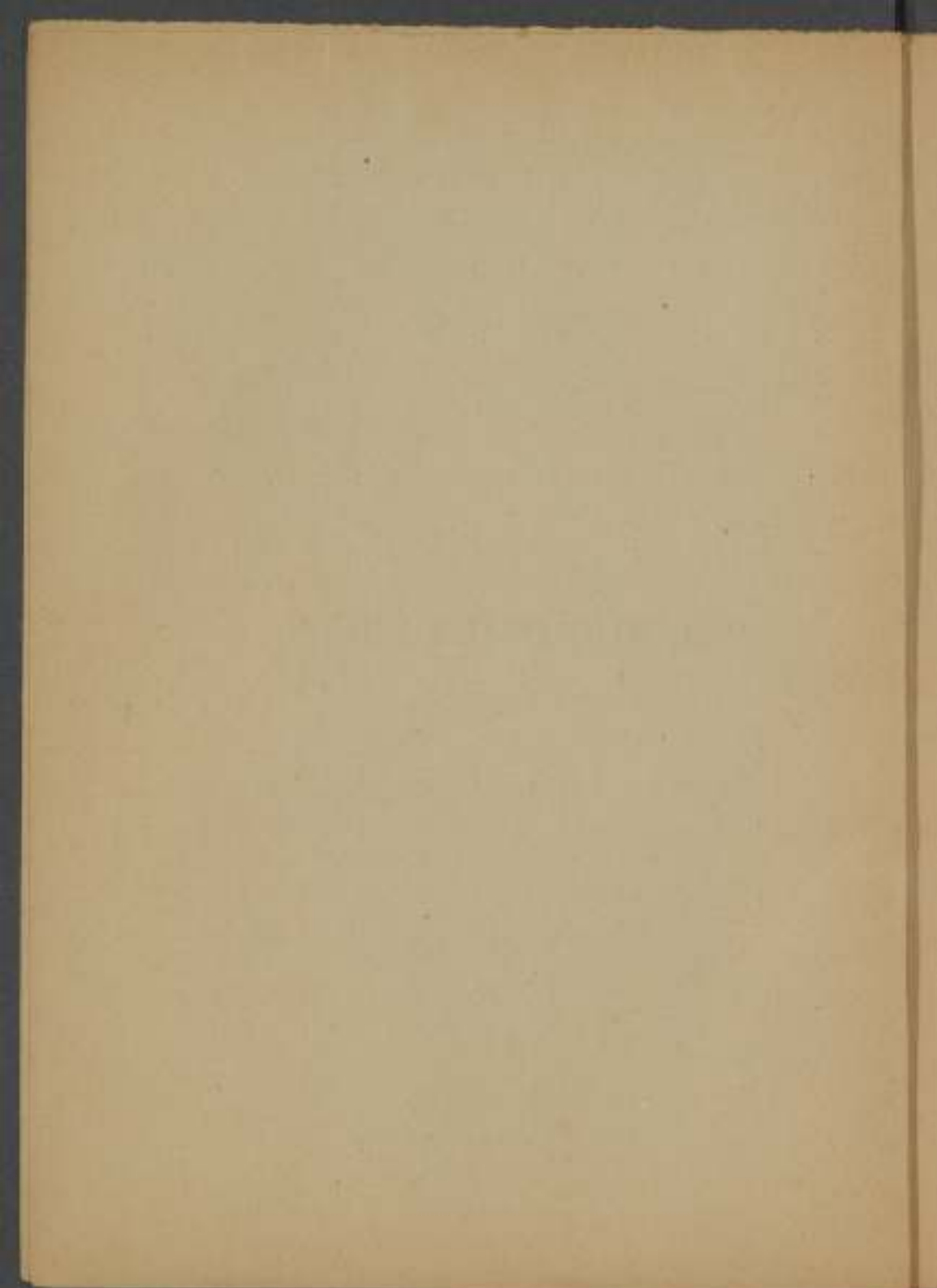
Eyrone *Gene*
POWER TIERNEY
George Sanders
Roddy McDowell







EL HIJO DE LA FURIA



EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Paseja de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

EL HIJO DE LA FURIA

Magnífica y emocionante producción, según la novela
de «Benjamín Blake», de Edison Marshall

Adaptación de
PHILIP DUNNE

Dirección
JOHN CROMWELL

Producida por
DARRYL F. ZANUCK

Es un film



16 MARZO EN LOS MEJORES TEATROS

PRINCIPALES INTÉRPRETES

TYRONE POWER

GENE TIERNEY

George Sanders - Frances Farmer - Roddy Mac Dowall

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Vda. J. Ferrer Coll & Valencia, 197 & Barcelona

El hijo de la furia

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

EL HIJO DE LA FURIA

«Yo, Benjamin Blake, dedico el relato de mi vida a todos los hombres de buena voluntad para que extraigan de él profundas enseñanzas.

«Nací en Wiltshire, en el año 18...»

En la época en que comienza la autobiografía de Benjamin Blake, Bristol era una ciudad floreciente. Las barcas, que surcaban los océanos bajo la bandera del Imperio Británico, inundaban su puerto, descargando exóticas mercancías de países remotos, acrecentando la riqueza de la descuidada y opulenta metrópoli...

Además, la aristocracia de la provincia solía dirigirse a tal ciudad, buscando

en el Club preferido las distracciones que el alejado Londres les negaba, a causa de la lentitud y dificultad de las vías de comunicación.

Cierta mañana, en el mencionado Club, animados por el vocerío de los espectadores, dos colosos, a los que el sudor daba una brillante pátina, boxeaban con el ardor de dos encarnizados enemigos. Uno de ellos retrocedía ante la fuerza y la ciencia de su contrincante, el cual, poco a poco, le acortalló, y, tras de un directo al estómago, le golpeó dos veces consecutivas en el rostro...

Las aclamaciones al vencedor, permitieron conocer que éste era el conspicuo barón de Breetholm, el magnífico sir Arthur Blake. Mientras aceptaba sonriente las felicitaciones, se le acercó un caballero con un puñado de billetes en la mano y exclamó:

—Un buen golpe, sir Arthur. Teodóro

que aprender a no apostar con Vuestra Señoría.

Sir Arthur aceptó el pago de la apuesta, arrojó los billetes a los segundos de su aturcido rival, que recobraba el sentido lentamente, y avanzó hacia la salida, pero fué interrumpido por la llegada de Purdy, criado suyo y encargado de sus caballizas, que le pidió permiso para hablar sin ser oído.

—Le he encontrado, señor barón, le he encontrado — dijo, así que estuvieron solos.

—¿Dónde? — respondió su señor, con un extraño destello en las pupilas.

—Cerca de San James Gate. Vive con Amos Kilder, un armero.

El barón repitió pensativo el nombre comunicado, mientras Purdy escudriñaba su semblante imposible. Por fin, salió de su abstracción y ordenó:

—Espérame fuera.

La armería de Amos Kilder, en San James Gate, gozaba de merecida fama por la habilidad de su propietario en la construcción de pistolas de lujo. Kilder era un anciano de rostro agradable y dulce expresión, que, en el momento en que empezara esta historia, estaba algo curiado por las preguntas que un niño de unos doce años le hacía.

—Abuelito.

—¿Qué, Ben?

—¿Por qué dicen que no tengo nombre?

—¿Quién te lo dice? — exclamó, dejando de ajustar un cañón de pistola.

—Los chicos de la escuela. Ya me peleé con uno ayer. Y reñiré con todos si es preciso.

La mirada de alarma que le lanzó el abuelo estaba justificada por la marea de decisión y, más aun, de ira, pintada

en el hermoso rostro del chiquillo. Suspiró el anciano e intentó apaciguarle:

—Sí, Ben, tendrás que pelear mucho. La vida es una continua pelea.

Las sabias palabras, no podía de ser de otro modo, no calmaron la curiosidad, lógica en este caso, de Ben, quien volvió a la carga sobre aquel punto delicado de su existencia.

—Dime, ¿dónde están mis padres?

—Muertos... Murieron los dos hace años en la India.

El chiquillo se quedó satisfecho con esta contestación y prosiguió su interrogatorio, que Amos Kilder intentaba a todas luces eludir. Por último, tuvo que replicarle:

—Ben, cuando seas mayor sabrás toda la historia — y cambió de conversación. Ahora, fíjate bien. Cualquiera ignorante puede hacer un arma, pero no hará una pistola en la que se tenga confianza. Aprenderás el oficio a conciencia y algún día la tienda será tuya, porque yo no viviré eternamente.

—Sí, abuelo; haré pistolas... no tan buenas, pero las usaré yo mismo.

El anciano se estremeció al escuchar su decidido acento, y su estremecimiento se prolongó al abrirse la puerta de la armería, dando entrada a sir Arthur, el cual recorrió con una mirada burlesca el establecimiento, antes de detenerla sobre el abuelo y el nieto, que se abrazó a las piernas del anciano.

El piao resonó bajo los pies del recién llegado, que observaba al chiquillo desde su soberbia altura, mientras se descalzaba los guantes. Cuando rompió el silencio, meditadamente prolongado, se aproximó más todavía a la pareja.

—¿Te acuerdas de mí? — preguntó al armero.

—Sí, señor barón.

El odio de Ben hacia el elegante desconocido, que asustaba a su abuelo, no conmovió a aquél. Al contrario, una débil sonrisa cruzó por sus labios al percatare de la hostilidad del chiquillo; le hizo desaparecer para exclamar con seguridad:

—¿Por qué no se me informó de que mi hermano dejó un hijo?

—No, no, no... este es mi hijo, mi pequeño — protestó el armero.

Y apretó al pequeño contra sí como defendiéndole de algún peligro, el que brillaba en los ojos del barón, quien se echó a reír, viendo que Ben sacudía la mano que había posado sobre su cabeza.

—¿Me has tomado por idiota? Fíjate bien: los mismos ojos, la misma cara y hasta el mal genio de los Blake. Vamos, di la verdad; no ganas nada mintiendo.

—Sí, es el hijo de sir Godfrey y de mi hija Bessie — confesó inclinando la cabeza.

—Así es mejor. Ahora, di... ¿Cómo se llama?

—Ben, señor barón.

Sir Arthur se inclinó sobre el pequeño, que le observaba de hito en hito, y le insinuó:

—Oye, Ben, ¿te gustaría vivir conmigo en Breetholm? La fragua de un armero no es lugar para un Blake... ¡Por vida de mil diablos!... Tienes sangre azul aunque hayas nacido en una armería. Yo te educaré como un caballero; no usarás título posiblemente, pero criado, caballo y todo lo demás, no te ha de faltar.

A pesar del tono con que fue hecho el ofrecimiento, ninguno de los dos pareció alegrarse. El obrero se hizo más apretado y no cedió al halago. Antes bien, el armero balbució pensosamente, con lágrimas en los ojos:

—Perdonadme, señor barón... yo quería tenerlo aquí conmigo.

La voz de sir Arthur retumbó incrédula, en tanto que se erguía:

—¿Quieres despojar de sus derechos al muchacho?

—No, no, señor barón... Ya sé que su padre fue un caballero y su madre una señora... por sus cualidades, no por su cuna, pero es mío... Desde muy pequeño le he educado a mi modo — objetó humildemente.

La mano del barón desabrochó unos botones de su frac, de donde sacó un papel plegado, que ofreció al anciano.

—¿Sabes leer?

—No, señor barón.

Con ello contaba el aristócrata. Refrenó un impulso triunfal y explicó, antes de encender el escrito de nuevo:

—Este escrito me nombra tutor del muchacho y hace que cargue con la responsabilidad de su bienestar... Dame la ropa del niño.

Volvió las espaldas majestuosamente y salió de la armería, complacido de que el fraude hubiera medrado, sin piedad para aquellos dos seres a los que separaba, pues únicamente el más frío egoísmo y la más calculada crueldad anidaban en el corazón del señor de Breetholm.

La posesión de los Blake, en Wilshire, era verdaderamente regia. La casa señorial estaba emplazada en un parque, amplio y cuidado, y separada del resto de los dominios por una gran verja que la circundaba.

Por la cancela, pues, ingresó Ben en su nueva existencia con encontrados sentimientos, en los que predominaba la ira contra el destructor de su felicidad. Cuando se detuvo el carruaje ante la mansión, una dama, Elena, esposa de sir Blake, que había sido hermosa, a juzgar por los bellas vestigios, pero a quien el pesar o la enfermedad avejentó prematuramente, se acercó hacia ellos, en tanto que sir Arthur anunciaba al niño, indicándola:

—Tu nueva maestra, Ben.

—¿Maestra, Arthur? — exclamó la dama, mirando compasiva al chiquillo.

—Es claro, El muchacho debe tener a alguien que le mande. Trabaja en las cuadras — prosiguió, despreciando su protesta: — El chico es orgulloso igual que su padre. Seguirá el mismo camino. Te sorprenderá mucho ver cómo le imita. Godfrey no quiso nunca nada que no fuese suyo y el chico es lo mismo. Está deseando trabajar para ganar su manutención. Vámonos, habla de una vez.

Esto último estaba dirigido a Ben, que había permanecido en un altivo silencio. El hombre y el chiquillo se retaron con el gesto y, por fin, éste protestó:

—No quiero nada que no sea mío.

—Bien hablado. Eres un Blake, chiquillo, en figura, modales y orgullo. ¡Paddy!

Un murarrón, de facciones toscas y amplias espaldas, corrió al oírse llamado por su señor y se cuadró ante él, con respetuosa expresión. El barón aprobó su postura y una sonrisa siniestra descubrió sus propósitos a su esposa.

—Este chico no tiene experiencia. Lo pongo a tu cuidado. Vas a hacer de él un buen mozo de cuadra.

—Sí, señor barón.

La lástima de Elena creció al ver alejarse a la delicada criatura en pos del rudo muchacho y no se hizo muchas ilusiones sobre su futuro. Más tarde, así que ella y su esposo pudieron hablar en el salón sin testigos, estando arrellanado en un diván sir Arthur, que fumaba lánguidamente, expresó sus quejas, sin lograr conmoverla.

—No hay nada que discutir. El muchacho es hijo de Godfrey.

—Me parece que sé por qué lo has traído—su esposo se rió despectivamente. —Porque es heredero legal de Boetholm y tienes miedo de que algún día pueda alguien probar sus derechos.

Sir Arthur conservó su placida alegría y aparentemente no se irritó al oír estas palabras, que declaraban la mesquindad de su alma. Púsose en pie y dió unos pasos hasta rozar a Elena. Lanzó

una bocanada de humo y fingió una coftesa esquisita en su contestación, aunque, en realidad, su alma hervía de rencor y de egoísmo:

—Tú sabes que Godfrey no estaba caído oficialmente.

No dudaba Elena de lo que seguiría. Pero, por una vez, arrastró valiente el peligro de hacer estallar su ira.

—Era su mujer aunque no figure en el registro. El no pudo hacer nada deshonroso.

La risa de Arthur se hizo sarcástica. Había perdido la paciencia, y el acostumbrado deseo de martirizarla le dominó. Friamente, como si conversaran sobre una cosa sin importancia, lanzó sus frases sobre la desvalida mujer, obteniendo el diabólico placer de hacerla retorcer de dolor moral.

—Mi noble hermano se portó siempre bien con las mujeres — comentó, estudiando un retrato colocado sobre el hogar— Y... ahora te diré la razón por la cual traje al muchacho a esta casa... Es un regalo para ti; su presencia hará que no puedas olvidar a su madre... la mujer que Godfrey prefirió a ti.

Elena le dio las espaldas y huyó escaleras arriba, con un sollozo apenas retenido en los labios. Arthur se desplomó sobre el diván y una mueca sardónica contorsionó su rostro... No en balde el martirio de su mujer le dejaba insatisfecho. El tiempo iba muy lento en librarle de su odiada presencia.

Ignoraba Ben que tenía una leal defensora en la casa y es posible que el conocerlo no le hubiera aliviado de la furia y del nudo que tenía en la garganta. Siguiendo a Paddy ahoraba la presencia de su abuelo, aunque con el firme propósito de no protestar de su nuevo oficio. La venganza crecía en su mente

y ansiaba ser hombre... porque había adivinado el secreto del comportamiento de sir Arthur. Unicamente le faltaban pruebas.

Entraron, por consiguiente, en la cuadra y dejó su hatillo sobre un banco. Paddy le observó de soslayo y tomó su montón de arneses, colocados sobre una madera.

—Limpia los arneses y después comemos — se los puso sobre la espalda— Ten. Vete a aquel banco y cuida de no arrastrarlos por el suelo.

Cargado con ellos, Ben vaciló abrumado por su peso y anduvo penosamente. Un charco formado por el agua de limpiar los caballos le hizo patinar y caer de bruces. Al oír el sordo golpe, Paddy se encaró con él como una vibora y, a no fijarse en que su hermoso rostro estaba manchado de barro, sin emocionarse por su debilidad, gritó:

—Te dije que no los ensuciaras. Ahora tendremos más trabajo.

Ciego de ira, le levantó del suelo, en que estaba arrodillado y aturdido aún por la caída, le tirandó y de un puñetazo le envió contra un pesebre. Ben sacudió la cabeza para recobrar la visión de las cosas, atontado por la rapidez de la agresión...

Pero la sangre habló en él. De un brinco se lanzó sobre Paddy y le tambaleó de un golpe. Dos veces fué derribado y otras tantas volvió a la carga, despreciando la protesta de su carne martirizada. Paddy, loco al ver que se boraba su gemía, le dio varios puñetazos y así que estuvo en el suelo, se echó sobre él y le golpeó con insania...

Afortunadamente, Purdy, que pasaba ante las cuadras, percibió el ruido de la lucha, entró y separó a la fuerza a los dos muchachos.

—No le pegues; déjale ya. ¿Es que quieres matarle?

—El amo le puso a mi cargo.

—El amo de esta cuadra soy yo y aquí no se pega a nadie, ¿entiendes? Coge la yegua castaña y el pony de la señorita Isabel, y ve a cuidarlos.

De mala gana le obedeció. Purdy se arrodilló junto a Ben y le incorporó, limpiándole el rostro con un pañuelo. La boca y una ceja del chiquillo sangraban, pero no parecía darse cuenta del dolor ni de las palabras que le decía el encargado. Le temblaban las mandíbulas, en tanto que miraba fijamente ante sí.

—Ben... Ben, chico, ¿te hizo mucho daño?

—Le mataré — exclamó con pasión.

Purdy le apartó los mechones de pelo que le caían sobre la cara y se esforzó en consolarle, hablando dulcemente:

—¡Ah, no, no! No hay que matar a nadie, Ben. Trabajé para tu padre y llegué a quererle mucho... Un hombre siempre era un hombre, cualquiera que fuese su posición. Ahora perteneces a sir Arthur, eres su criado para toda la vida. Puede hacer contigo lo que quiera y siempre la ley estará de su parte. Tienes que conformarte, muchacho. Y si eres listo te someterás como todos nosotros.

—No.

El buen hombre se desconcertó. La rotunda negativa no iba acompañada ni de protestas de venganza ni de gemidos de impotencia. Era única y simplemente una negativa... de hombre firme en sus ideales y en sus deseos. Ben era de los que no retrocedían.

Lamentó y quiso pensar que era el calor de la lucha lo que le hacía dar aquella respuesta. Y prosiguió derramando su caridad sobre él.

—Sí... Irás aprendiendo según creas — insinuó, pero al mirarle a la cara gruñó: — ¡Hum!... Ven a mi cabecera cuando hayas terminado tu trabajo y mi mujer te dará una buena cena.

Pero la cena prometida por Purdy fué despreciada. Era ya entrada la noche cuando Ben despertaba a su abuelo, que le contemplaba atónito, y dejaba caer su hatillo sobre una lanqueta, diciendo lacónicamente:

—Me he escapado.

—¿Qué te pasa en el pie? ¿Estás herido?

Había visto que Ben cojeaba y además los rastros de la lucha eran todavía patentes. Esperando su contestación, le sentó sobre sí y le quitó el zapato, a una indicación suya. Mientras limpiaba las piedras y el polvo, prestó oídos a lo que contaba su nieto.

—Me puso de moro de cuadra y me ha maltratado.

—¡Dios nos ayude! — exclamó, puesto que sus temores eran confirmados.

El fervor del anciano denunciaba su impotencia. Ben levantó sus ojos hacia él y se quedó consternado al notar su desesperación. La oscuridad de la armadura pesaba sobre ellos como una losa. Y la respiración agitada de Amos le decidió a dar un paso decisivo, según ya de obtener una aclaración de la conducta de los demás con él.

—¿Por qué me odia tanto, abuelo?

Amos Kilder se enrojeció y humilló la cabeza.

—Porque te pareces a los tuyos, porque llevas la sangre de la familia, porque sabe que sólo la falta de una mera formalidad oficial le pone en posesión de Breetholm... Tiemblo de pies a cabeza cada vez que te ve.

—Ya no volveré — dijo sombríamente.

Amos le depositó en el suelo y corrió apreturado de un lugar hacia otro, abriendo y cerrando cajones, de los que sacaba útiles a medida que hablaba:

—No, no puedes volver. Nos marcharemos antes de que sepa tu fuga, dormiremos en el camino y... mañana tendremos nuevos nombres y nueva vida. El dinero que tengo ahorrado servirá para empezar — aseguró, guardándose una botanita: —Coge pan y queso.

Pero el chiquillo no le obedecía. Estaba quieto, con los brazos pendiendo a la altura del cuerpo, y el ceño fruncido.

—¿Cómo viviremos cuando se acabe el dinero? — preguntó, pues había comprendido que un miedo espantoso dominaba al anciano.

—Buscaré trabajo... Siempre habré alguna armería.

—¿Trabajaremos a sueldo con otro hombre, abuelo? — y miró con cariño a su alrededor.

—Ya lo hice otras veces... puedo volver a hacerlo.

—¿Qué nos haría si nos cogiesen?

—Tú volverías a Breetholm — titubeó.

—¿Y a ti qué te harían? — insistió, en vista de sus reparos.

Amos dudó un buen rato antes de contestar.

—Por menos se ha marcado a hierro y luego a algunos.

Ben meditó unos segundos. El anciano se detuvo, apoyando sus manos sobre la mesa. Su futuro dependía de la idea que se formaba el chiquillo de la situación. Cuando habló había un ligero temblor en su voz.

—¿Te arriesgarías por mí?

Amos Kilder dio la vuelta a la mesa precipitadamente y se arrodilló ante él tomando sus manos entre las suyas. Y

bastó, quizá, este simple movimiento de afecto para decidir el destino de Ben.

—Tú eres mi único amor, Ben.

Callaron mientras duró el abrazo. Después se puso en pie de un salto, expantado por un ligero rumor que llegaba desde la calle, y se agitó excitado.

—Vamos, es tarde y nos queda mucho que andar.

Pero Ben ya había desistido de la fuga y, naturalmente, en lugar de obedecerle permaneció inmóvil. Las figuras de ambos, destacándose débilmente en la penumbra, eran patéticas. Más aun, tal vez, la del anciano que sacrificaba su porvenir por el amor a su nieto, que el serio chiquillo, que escondía en su mente la débil línea de sus hombros.

—No, no nos iremos... Volveré a Breetholm.

Había cierta orgullo en la forma en que hizo la proposición. Desafió a todo lo que se interpusiera entre la dicha y su abuelo. Se encaminó al taburete en donde dejara su hatillo y lo apretó determinado.

Mas Amos le contuvo antes de que llegara a la puerta.

—Ben, ¿qué estás diciendo?

Ben se mordía los labios. Luego engalló la cabeza, posando la diestra en el pomo de la puerta:

—Dijo que yo era un Blake y no se equivocaba. Ya lo verá... — amenazó—. Cogeré lo que quiera darme, pero lo llevaré en cuenta y algún día... cuando sea el amo de Breetholm, se lo devolveré... Haga lo que haga conmigo, nunca me someteré.

—No sé si haces bien, hijo... pero ¡Dios te bendiga!

De esta forma llegó por segunda vez en aquel mismo día a las posesiones de

sir Arthur Blake. A la vista de la verja el cansancio desapareció de él.

Serénamente llegó a la puerta. Estaba abierta. Apretó los barrotes con la mano, como queriéndolos romper, pues aquella sería su cárcel en adelante.

Y antes de transponer la verja, meditó, jurándose, como había prometido a

su abuelo ser algún día dueño y señor del dominio, continuar siendo un Blake, quisiera sir Arthur o no, y vengarse de cuantas afrentas vaticinaba en la persona de su traidor tío, arrebatándole lo suyo, devolviéndole golpe por golpe.

Tras de lo cual, empujó la puerta. La mansión dormía.

CAPÍTULO II

AÑOS DESPUES

Desde el momento decisivo en que, aceptando una suerte y despreciando otra, Ben cruzó el césped del parque de Breeholm en dirección de las cuerdas, hasta que el transcurso de los años le transformó en un hombre de virilidad, o sea, durante un espacio aproximado de diez a doce años, soportó pruebas tan duras que sólo su orgullo y sus proyectos de vengarse algún día, le indujeron a sufrirlas en silencio.

Nada había cambiado, al parecer, en la posesión. Sir Arthur y sus familiares seguían dominantes como siempre, entregados a su fácil y lujosa existencia. Ben, en las cuerdas, alimentaba en silencio su rencor y, quien más y quien menos, se había adivinado de su origen.

De esta manera, una mañana, Breeholm abrió sus puertas a una muchedumbre de aristocráticos jinetes y amateu-
res que, aprovechando ser la época

idónea, iban a cazar las sortas del dominio.

El tiempo no había pasado para sir Arthur; su complexión atlética le permitía resistir incólume sus embates. El único cambio que experimentara, era el de haber acrecentado su hercúleo cuerpo en tamaño. Por lo demás, era tan orgulloso y dominante como antaño.

Acompañado de un caballero obeso y desgarbado, salió de la casa y se dirigió hacia un grupo de cazadores, en el que destacaba su hija Isabel conversando con un joven. Isabel era rubia, graciosa, de ojos azul claro y se movió con la soltura de una soberana, justificando el placer, si puede llamarse así, con que la contemplaba su padre.

—Tendremos buena caza, milord—aseguró el harán—. Las sortas han tenido muchos cachorros este año.

—¿Es cierto?

Pero aquí se detuvo Arthur ante su hija y exclamó, como quien acaba de hacer un gran descubrimiento:

—¡Por vida de...! Aun no os he presentado a mi hija — é interrumpió la conversación de ésta, diciendo: —¿No te molesta la interrupción?

Isabel coreó la maliciosa pregunta paternal, con una cristalina carcajada, adreçada a la contrariedad que su caballero experimentó al ser sacado de su delicada abstracción.

—Esta es mi hija Isabel. Lord Tarrant, Lord Tarrant viene con nosotros.

—A vuestras pies, señorita Isabel.

—Muy honrada, milord.

—El señor Hobart de Foxcroft Hall —añadió el barón inclinándose ante el caballero de su hija.

Mientras los dos nobles murmuraban una cortésia destocándose, sir Arthur lanzó una ojeada en su alrededor. Los invitados montaban en sus caballos y algunos de ellos partían en dirección de las perreras. El ambiente era claro y lleno de buen humor a sir Arthur.

—Oy voy a dar mi yegua negra — dijo a Lord Tarrant—. Es ligera, pero aguantará vuestro peso. ¿Dónde está el granuja de Ben?... Debería tener aquí la yegua.

—Yo iré, padre — se ofreció Isabel, cuando Arthur se ponía en movimiento.

Hobart la vio partir desolado y, haciendo un esfuerzo para dominar su contrariedad, se inclinó ante ellos, murmurando con rubor, pues estaba seguro de que sus ojos le seguían:

—Dispensadme, caballeros.

El interés de Isabel en avisar a Ben, que había alarmado a su galanteador, era natural. Y más que natural, inevitable, pues Ben la fascinaba con su dureza, con su intempestiva arrogancia, co-

mo un esquivo secreto que ponía a prueba en feminidad.

Ben estaba inclinado sobre la pata de la yegua negra, a quien berraba con fuertes y seguros golpes. Era un hermoso y fino ejemplar de hombre: ancho de espaldas, de brazos delgados, pero musculosos y, su cabeza, como se dijo Isabel así que la levantó, era bella y capaz de precipitar, como ocurría, los latidos de su corazón.

—¿Qué es lo que pasa con la yegua? —dijo al entrar en la coadra.

Ben había descubierto su presencia por el ruido de sus pisadas, pero no se tomó la molestia de mirarla y remachó los clavos.

—Caprichosa como hembra, perdió un zapato y lo guardó en secreto.

—Nunca aprenderás, ¿verdad, Ben?

Ella contempló admirado de la pregunta, perratándose de su agitación y de que sus rubios y finos cabellos, que sobresalían de su sombrero, la rodeaban de una áurea corona. No obstante, disfrutó la emoción que le producía con una seca respuesta.

—¿A qué?

—A tener educación con tus superiores.

—Siempre soy educado... con mis superiores — afirmó con reticencia.

El desafío fue acusado por Isabel, que retorcía la fusta entre sus manos. Ben dejó tranquilamente el martillo sobre una banqueta y soltó la pata de la yegua, satisfecho del poder de su inteligencia para irritar a ella y a los demás.

—Ahora eres gracioso e impertinente.

—Las mujeres son así. Acusan a los demás de sus propias faltas.

Compareció, en este momento, Hobart, algo disgustado por la familiaridad con que Isabel trataba a los subordinados, y

anunció que Arthur reclamaba la yegua. Isabel detuvo a Ben, que se apresuraba a llevar el animal, y añadió:

—Señor Hobart, decid a mi padre que no puedo montar hoy. Tengo jaqueca. Estaré repuesta para el té.

—¡Ah!... — exclamó el caballero lentamente—. Me gusta saber que se os va a pasar esta tarde.

Envió una ojeada en dirección de Ben y desapareció el galanteador despechado a cumplir el encargo. Ben se dirigió a una caba, quitándose el delantal, y sumergió su cara en ella. Isabel, muy a su pesar, le perseguió.

—No has dicho que sentías que estuviese enferma.

—Si lo estás de veras, lo siento.

—¿Imaginas acaso que fingí un dolor para quedarme a charlar contigo?

—No dije nada de eso.

Pero la muera de su boca, mientras se secaba, indicaba que tal era su pensamiento, por lo cual Isabel prefirió cambiar de conversación, llevándola a un terreno en donde se sentía segura.

—¿Qué te ha pasado el señor Hobart?

—Me gusta su traje.

—¿Quieres saber un secreto? Ha solicitado mi mano.

La noticia no le sorprendió, como deseaba ella, antes al contrario, se puso la chaqueta y sacudió la cabeza.

—Sí, ya me lo esperaba. Le he visto intentarlo siempre que había oportunidad... Supongo que a vuestro padre le agrada.

—¿Quién te metió eso en la cabeza?

—Lo que pone la idea en la cabeza de la gente, la observación.

—¿Entonces estuviste observándome estos días?

—Sí.

—¿Y no has sentido celos?

—¿Celos?... Hay que estar enamorado para eso.

—No has contestado a mi pregunta.

—Ni lo he intentado.

Ella se le acercó seductora.

—¿Por favor, señorita Isabel?

—¿Contéstame!... ¿Estás celoso?

Pero él se obstinó en su silencio y la sangre dominadora de la joven, enardecida por aquel obstáculo, por su silencio, que deseaba franquear a toda costa, la obligó a levantar el látigo con ánimo de azotarle la cara.

Ben contrajo las mandíbulas y se atrevió a lo que constituía una ofensa, castigada con la muerte, para evitar el golpe. Su mano de acero se cerró sobre su muñeca y paulatinamente, procurando no lastimarla, la retorció hasta que la huata cayó al suelo.

Los ojos de Isabel se llenaron con las lágrimas del despaño, no por haberse visto impedida de ejecutar el castigo, pero por tener que plegarse, ella, que nunca había cedido, ante la voluntad de un hombre, el más humilde y maltratado de su tierra.

—¿Sabes qué eres?... ¿Un impertinente y un mentecato?

Ben, notando que lloraba, reaccionó, según los dictados de su corazón, ya que los de su cerebro le aconsejaban seguir como hasta entonces, dominándola, no cediendo a sus deseos de absorberle, siendo el único dueño de sí mismo, dueño de su alma, que era lo único que nadie podría dominar jamás.

Así pues, en lugar de empezar su venganza torturando su espíritu, se olvidó de todo, le declaró su amor apasionadamente y desapareció llevando a la yegua de las bridas.

—¿Dónde andabas? — le gritó el barón, ya montado.

—Tenía suelta una herradura. La habíase perdido al primer tropesón.

—Bien, ayuda a Su Señoría a montar.

Acercó la yegua al grueso aristócrata, con una mano aguantó el estribo y con la otra sostuvo al caballo por el halfo. Pero lord Terrant, aparte de llevar unos estrechos pantalones de montar y de su obediencia, era, como todos sabían, un pésimo jinete, de aquí las precauciones de su huésped. La yegua, sorprendida de su peso y de su impericia, empezó a retroceder, distanciándole cada vez más de su punto de apoyo y, finalmente, Torrent se desplomó en un charco de agua cenagosa, poniéndose perdido.

Ben se apresuró a enderezarlo, ocul-

tando, como todos, su riza y prodigando sus excusas.

—¡Eres un imbécil! — gritó el accidentado.

Sir Arthur, confuso, replicó:

—¡Mil perdones, millard!

Picó, a continuación, de espuelas y al pasar al lado de Ben le dio un fuerte latigazo que desgarró la carne del joven. La mano de éste se levantó amenazadora y sólo Purdy logró contener su ira, interponiéndose en lo que deseaba el barón; se ofendió para justificar la muerte de su indeseable mozo de cuadra.

Tornó a hacer el gesto de perseguirle, cambiando la imagen de Isabel por la de la ofensa, pero su sangre se calmó para esperar de nuevo... para esperar.

...

Los invitados de sir Arthur bailaban en la gran sala de fiestas un gracioso minué, con las caras disfrazadas por el antifaz, que permitía disimular la identidad de los bailarines. La del barón era posible averiguarla gracias a su corpulencia y a la circunstancia de estar retirado en un rincón, desde donde dominaba toda la sala.

Isabel danzaba como si aquella misma mañana no hubiese acontecido un suceso capital para su existencia. Hacía las figuras del minué con la ligereza de una golondrina...

Quiso fué la afición a la danza lo que hizo posible que Ben se deslizara, elegantemente vestido y también con máscara, en el salón. Sir Arthur vió abrirse la puerta y escrutó la prestancia del recién llegado, que se le antojaba vagamente familiar.

Desapreciando la vigilancia del tirano, Ben dió un golpe en la espalda de la pareja de Isabel y ocupó su lugar, haciendo la cadena hasta que tornó a estar a su lado. Satisfecho de que nadie se atrombace de su presencia, susurró aprovechándose de un movimiento:

— Hermosa noche, señorita Isabel.

— ¡Ben!

— Sir Benjamín — corrigió, mientras sus blancos dientes destellaban en una sonrisa.

— ¡Qué estás haciendo aquí?

La astutada Isabel tuvo que esperar

a que Ben tornara a ella, después de un cambio de pareja.

— Bailar.

— Pues vete ya... debes estar loco.

— Es muy posible.

— Sígueme.

Disimuladamente salieron a una terraza bañada por la blanca luz de la luna. Isabel corrió hacia la balaustrada, intentando adecuar sus pensamientos a la nueva e inesperada situación, mientras que pasadamente Ben se reunía con ella, loco de amor por estar solos y sin testigos.

Para Isabel rechazó sus manos con las suyas, heladas y temblorosas, y protestó friamente:

— No debiste haber venido... Ben.

— No pude evitarlo... Estaba tan encantadora que tuve que venir.

La conversación duró muy poco tiempo. Se redujo a estas palabras. El silencio y las miradas que cambiaban eran más que suficientes para apagar el espanto y relatar el amor...

De pronto una voz cortés, acerada, como el maullido de un gato que juega con el ratón antes de darle muerte, se dejó oír al pie de la puerta, hacia la que volvieron sus rostros, ahora llevados.

— Entra en casa...

Era sir Arthur, que por fin habían acordado de a quién pertenecía la figura familiar y con su crueldad característica había permitido que el tiempo

pasara para hacer más sorprendente y más aterradora su aparición.

Su orden iba dirigida a Isabel que, sin la menor protesta, se apartó de Ben y cruzó ante él con los ojos bajos. Una vez estuvieron solos los dos hambres, sir Arthur permaneció inmóvil y con una extraña sonrisa en los labios, como meditando cuál había de ser el castigo del osado. Ben no desviaba sus ojos de su rostro y esperaba, con el torso tieso como un hueso, que fuera pronunciada la sentencia.

Por último, sir Arthur se irguió en toda su estatura y se encaminó hacia una escalera lateral de la terraza, mandándole:

—Ven conmigo.

El barón corrió las puertas de la cuadra y dejó pasar a Ben, que se guió por las mortecinas brasas del hogar.

—Enciende el farol.

Aplicó una brasa al pabito del farol y este parpadó unos instantes antes de producir una luz lo suficientemente clara para distinguir los rostros. Sir Arthur sin decir una palabra, echó la llave al cerrojo, incomunicándoles con el exterior. Ben conservaba su sangre fría; le hubiera gustado saber qué clase de castigo le impendría su tío.

No tardó en saberlo. Culminó su rara conducta en quitarse el frac y, apartando sobre el antebrazo los encajes del puño de la camisa, anunció:

—Tengo que darte una lección, Ben. Tienes la sangre caliente y eso te proporcionará disgustos. Te voy a enseñar a defenderte. Aprenderás el arte de la defensa, a fin de que en el futuro seas capaz de dar igual que recibir. ¿Has peleado alguna vez con los puños, Ben?

—Sí.

—No me refiero a peleas de ganapa-

nes en la cuadra. Quiero decir si conoces las reglas del boxeo.

—No, señor.

—Entonces, quítate el traje, que va a comenzar tu educación.

Con una exclamación de alegría empezó a quitarse el frac. Por fin se enfrentarían de hombre a hombre, cara a cara, a solas... La sangre se apresuró en las venas de Ben. La venganza estaba cercana, porque no dudaba que...

El sanguinario barón dio dos pasos adelante y su derecha conectó con precisión con su estómago, arrojándole contra la pared.

—Tu primera lección, no te dejes coger descuidado.

El tono doctoral del barón despertó la furia adormecida en su ser. Sin preocuparse de quitarse el frac, que le impedía el movimiento de los brazos, saltó sobre su adversario. Un directo en el rostro le hizo dar un traspié y caer, aviándole que tenía que emplear la prudencia.

Mas la prudencia no cabía en él. Se quitó la prenda y corrió contra el barón que le esperaba frío, con los puños enarbolados, seguro de su ciencia. El golpe que recibió en la barbilla le envió al suelo. Con más cautela, aunque no con menos decisión, atacó y, esquivando la guardia de su enemigo, le demostró que su esbelta figura poseía el vigor de un toro.

La puerta retumbó al recibir el corpa-chón del aristócrata. Este, perito en el arte de pelear, se agarró a su enemigo, tratándose un cuerpo a cuerpo, en que Ben llevaba la peor parte, pues los nudillos de su tío tamborilearon con la precisión de émbolos en sus costillas falsas.

Con un gemido de dolor, disparó a ciegos un gancho corto, que le dio algún

respiro, mas otro directo le hizo tambalear. Hasta aquí la lucha había sido correcta. Mas cambió. La ira de los Blake se adueñó de sir Arthur, sacando a relucir sus artimañas.

Junó las dos manos, entrelazando los dedos, y de esta suerte machacó la nuca de Ben, que estaba inclinada y sin respiración, aplastándole contra el suelo pavimento de la cuadra. Le levantó como un mosquito y, sujetándole en vilo, remachó el destructor efecto de su inesperado ataque con dos certeros puñetazos en la barbilla.

Unicamente su naturaleza batalladora se rebeló en un supremo esfuerzo. Quiso incorporarse, le temblaron los brazos y como en medio de sueños, con la cara pegada al lodo, le oyó decir:

—¿Cómo te crees un Blake, no es cierto? ¿Y te las das de caballero, eh?

Descolgó un látigo grueso y pesado de un rincón y le azotó una vez, dos, tres veces. Un estremecimiento incorporó a Ben, pero a reacción seguida se desma-

yó, mientras el látigo incantable hacía silbar el aire y producía un sordo ruido, como un lejano pistoletazo, en la carne de su espalda.

Sir Arthur estaba congestionado. Nada era comparable al placer de destruir a azotes a su más entrañable enemigo, muestra viviente, acusación perenne de su conciencia a su proceder. Y el afán de destruirle era tan poderoso que los ojos se le saltaban de las órbitas y no oía las llamadas de sus invitados y de la servidumbre, alarmados por la pelea.

Furdy, a costa de descerrajar la puerta, penetró en la cuadra, en tanto que todos contemplaban horrorizados el cruel espectáculo. Y el fiel encargado, suave, pero firmemente, detuvo el brazo de su señor.

—¡Basta, por el amor de Dios!... ¡Basta!

El barón se pasó la mano por la frente y mudo, asombrado de sí mismo, se abrió camino entre los espectadores de su crueldad.

Cuando Ben volvió en sí, estaba acostado de bruces en una cama de la cabana de Purdy. Una grata sensación de frescura atenúa la quemazón de los fatigazos. Alguien empapaba un paño en un líquido agradable y limpiaba los trazos sanguinolentos. Terció el cuello y miró con estupor; la memoria volvía a él.

¡Era Elena Blake, la esposa de su verdugo, la que le curaba! Su rostro era recubierto por gruesas y silenciosas lágrimas.

—¿Por qué hacéis esto por mí?—dijo de pronto.

Elena humedeció el paño antes de responder, como si acopiara fuerzas para no traspasarle. Luego, le miró directamente a los ojos y los bajó al cabo de un momento ante la callada acusación de Ben.

—Ben, no tengo derecho a decíselo... Después de todo es mi esposo, pero estoy segura... — vaciló: —Tan segura como espero mi salvación de que te ha roto... Breathalm te corresponde por derecho.

Ben proseguía contemplándola con una insistencia, que la incomprendida y la fatiga hacían lastimosa. Elena, después de las anteriores palabras, quedó aliviada y continuó diciendo:

—No tengo pruebas, Ben, excepto el venir de mi corazón y el buen recuerdo de tu padre — sollozó—. Pero tiene que haber pruebas y algún día las encontrará... Y, cuando así sea, quiero que sepas que deseo ayudarte.

—¿Por qué? — preguntó inflexible y por segunda vez.

Una especie de resplandor, una belleza insustituida, borrar las arrugas de los sufrimientos. Elena detuvo su caritativa mano y la apoyó en su pecho, como evitando que su alma escapara tras lo que iba a decir. Y Ben, inconscientemente, tensó los músculos para escuchar la revelación.

—Porque, si mis preces hubieran sido oídas, tú habrías sido hijo mío.

Ben ocultó el rostro en la almohada y así permaneció hasta que la mujer de Purdy comparció portadora de una taza humeante.

¡Aquella había sido una sorpresa que explicaba muchas cosas!

Estaba dolorido, pero la presencia de una amiga junto a él y en aquellos momentos, no era despreciable... aunque era demasiado orgulloso para declarar todo su agradecimiento y todo su amor... porque, por primera vez, había develado lo que puede ser el amor de una madre, mientras su corazón gemía anhelante.

CAPITULO III

LA FUGA

Días después, Ben pisaba uno de los innumerables caminos que recorrían el dominio, y sonreía satisfecho al ver una carreta tirada por un buey, al pie del cual estaba un aldeano. En un abrir y cerrar de ojos estuvo junto a él y le apretó los brazos entre sus manos.

Entonces, el aldeano le entregó un fardo de ropas y sin más salutación, le dijo:

—Aquí tienes la ropa que pediste. Te la he comprado muy buena.

—¿Qué sabes del barco?

—Sale uno de Bristol mañana, con rumbo al Brasil e islas de las Especias.

—¿Un mercante?

—Sí, un bergantín de doscientas toneladas que se llama «Tropic Star». Cambió de tono para comentar—. Pero estás muy débil para embarcar, Ben.

La noticia de su castigo se había extendido como un reguero de pólvora por la comarca, en donde era amado y respetado, aun cuando sólo fuera porque era el único que se atrevía a hacer frente al poderoso barón de Brestholm.

Sonrió Ben al aldeano y sin una palabra de protesta, pasó sus manos por las axilas y le levantó como si fuera una pluma, mientras un leve silbido aprobaba aquella demostración de fuerza. Le depositó en tierra firme.

—¿Tan poco crees que valgo?

—Pareces débil, pero no estás débil.

Ben recogió el bastillo y se preparó a marchar.

—Mira, le dejó creer que estaba peor de lo que estoy.

Una sombra de temor pasó por la frente del aldeano, que, conociéndole, objetó cautamente:

—¿Recuerdas lo que tu abuelo dijo? Que sólo deberías huir en un barco cuando tu sangre ya no pudiera aguantar más.

Ben le consideró pensativo. El aviso no estaba fuera de lugar, considerando que la fuga era castigada con el hierro y el fuego en el mejor de los casos, si no con la muerte.

—¿Hablas por mi abuelo, amigo Tom?

—Eso es.

—¿Quieres escuchar por él?

—Sí.

—Mi sangre no puede aguantar más.

Tom le dio un palmetazo animador en la espalda y Ben se perdió en la espesura, hacia la mansión, cuyas velutas sobrecaban por encima de los copes de los árboles. Había cierta envidia en la cara de Tom, cuando aguijó a su buey.

Como había afirmado Ben, estaba decidida a arrastrarlo todo en su fuga, antes de proseguir en poder de sir Arthur. Frustrados sus intentos de hablar con Isabel, que parecía ser severamente vigilada, puesto que le esquivaba así que le veía, le arriesgaría todo a una carta, alucinado por la esperanza de ir a países remotos para luego regresar y recuperar su mayazgo.

Carecía de plan fijo. Le bastaba, en realidad, saber que un barco iba a partir a tierras exóticas y tener un traje, mediante el cual ocultar su situación presente. Le daba seguridad la noticia suministrada por Tam. El resto lo resolvería el azar o la improvisación, ya que era imposible hacer cálculos.

Era noche cerrada, cuando abrió una ventana del salón de la casa solariega. El traje le iba como un guante. La sangre que corría por sus venas hacía la demás, trocándose en el retrato vivo de su padre, en un perfecto caballero. No se le aceleró el pulso al subir por la escalera principal hacia las habitaciones superiores. Un leve crejido le hizo pegarse a la pared confundándose con las sombras. Después, reanudó su camino.

La galería, que moría en la puerta de la alcoba de sir Arthur, estaba alfombrada, lo que hacía innecesaria la cautela observada hasta entonces. Silencioso como un fantasma la recorrió y se detu-

vo con la mano puesta en el pomo de la puerta de su enemigo.

Antes, sin embargo, pegó el oído a las maderas. Súbitamente, una viva luz le iluminó, dejándole sin aliento. Procedía la claridad del cuarto de Elena; le miró extrañada de su indumentaria y le murmuró:

—¿Qué ocurre, Ben?

El muchacho anduvo hasta ella en lugar de responder. El gesto determinado de su boca obviaba cualquier aclaración; no obstante, replicó secamente, indicándole la puerta abandonada:

—Asuntos malos y ruyos.

—¿Qué clase de asuntos? Debo saberlos. ¿Quieres matarle?

—No, si él no lo intenta primero.

Elena le echó los brazos al cuello, angustiada por la rara situación en que el Destino la había puesto. Y lo peor era que el dilema que la mantenía, sólo tenía una solución. Con todo, quiso obligarle a desistir.

—¡Oh, Ben!...; No puedes entrar!; Si solamente llegases a tocarle te ahorcarían!

—Ya lo sé.

—¿Y crees que vale la pena despreciar la vida por eso?

Ben la rechazó suavemente hacia el interior de la habitación. Era peligroso seguir hablando, sobre un asunto tan

cierto de un día como que era de noche en aquel momento.

—Hasta que esto no se resolviera, mi vida vale muy poca.

Elena ahogó una exclamación con la mano al verle regresar a la puerta de su marido. Entró en la de su cuarto, pero tornóla a abrir para susurrar:

—Tiene una pistola en su mesa de noche continuamente.

Agradeció Ben la información con un resaca y abrió. La habitación estaba tenuemente iluminada por un candelabro situado sobre una mesita. Sir Arthur dormía sentado en un sillón, envuelto en una gran bata y rodeado de fotografías de pugilista, una de las cuales pendía sin fuerza de su mano.

Con las débiles precauciones cruzó la habitación hacia la mesita de noche. Sus ojos no se apartaron, entretanto, un segundo de su verdugo, que respiraba ruidosamente, pero una vez tocó la mesita, los puso en el mueble para apartar una pipa aun encendida, colocada sobre él, todavía humeante, que le impedía abrir con soltura el cajón...

Pero, de repente, se sobresaltó. ¿Cómo era posible que la pipa humeara, lo que indicaba que hacía un momento que el barón fumaba, y en cambio, su propietario dormía como si hubiera muchas horas desde que pegara los ojos? ¿O es que fingía dormir para hacerle caer en una trampa?... Se enfrentó rápidamente con el dormido...

Pero ya era tarde. Este le apostaba con una pistola admirablemente trabajada. Y estaba tan despierto como el mismo Ben. Lanzó una carrajada ante su sorpresa y veloz movimiento.

—¿Era esto lo que buscabas?

—Si dejáis la pistola lucharé limpia-

mente — afirmó sin contestar a su indócil pregunta.

—¿Te figura que voy a manchar mis manos en un caso de cuadra?

—Lo hicisteis cuando no podía devolver los golpes.

Desapreció sir Arthur el desafío de su voz y procurando no darle la espalda, se dirigió a una esquina del hogar, en donde colgaba el cordón de la campanilla, y estiró, llamando a los criados. Tras de lo cual, prosiguió la conversación en tono entre moralizador y apesadumbrado:

—Tuve mucha paciencia contigo, Ben, pero sé que no es buen método. Hina todo lo posible para que fueres un hombre digno. aparentemente he fracasado. Te has introducido aquí amenazándonos, has asaltado a tu amo. Esto significa la cárcel para ti, muchacho. Unos cuantos años en el Penal de Bristol te enseñarán cuál es tu puesto.

Unos discretos golpecillos en la puerta anunciaron que los criados habían llegado.

—¡Adelante!

Durante el sermón de sir Arthur, Ben había estado calculando sus probabilidades de escape, pero de ninguna manera se resignaba a soportar la muerte profetizada por el barón. Y la entrada de los criados originó el milagro, que se creía imposible.

Uno de ellos se interpuso entre la pistola y su persona. Rápido como el pensamiento advirtió el partido que podía sacar del descuido. Asió una silla y la arrojó contra el candelabro, con tal fortuna que no sólo le apagó, pero asimismo el mueble, despedida con violencia, destrozó los cristales del ventanal.

La habitación quedó, por consiguiente, a oscuras. Los criados, aturdidos por el inusitado recibimiento, permanecieron in-

móviles. La puerta de la alcoba se abrió y cerró rápidamente, deslumbrándoles con la luz del gasillo.

—Entra ya, imbécil! — rugía sir Arthur al más próximo.

Más de prisa de lo que era de esperar, los criados comprendieron la situación; sin embargo, fueron desorientados por la

maniotra de Ben y se precipitaron hacia la salida, en tanto que el joven se refumaba por la ventana. Su señor, con más sangre fría, comprendió su astucia, pero llegó tarde para conserarle.

—La ventana, estúpido... Enciende las velas — tales fueron las últimas palabras percibidas por Ben al hundirse en la salvadora penumbra del parque.

Amos Kilder fué despertado al ser aporreada la entrada de la armería por los guardias. Permaneció unos momentos sin saber qué hacer. Los golpes atrascaron amenazando derribar la puerta.

—¡Abre! abre! — repetían impacientes los defensores de la Ley.

Por último se serenó algo y le obedecieron las piernas. Encendió una bujía y la colocó en una palmaria. Su largo camisa le daba un aspecto fantasmal, que no preocupó a los guardias. Le echaron a un lado con violencia y registraron la habitación.

Sir Arthur se había perdido el tiempo.

La brecha irrupción hizo barruntar a Amos Kilder que su nieto se había declarado libre de su injusta servidumbre. Mentalmente oró para que no se le ocurriera dirigirse allí. Pero, como significaba la presencia de los guardias en su casa, era lo más seguro que Ben llegase de un momento a otro, por dos motivos: primero, porque aquél sería el pri-

mer lugar en que Ben buscaría asilo y, segundo, porque estaba seguro de que antes de partir querría despedirse de él.

—¿Ha estado aquí tu nieto? — preguntó un guardia.

El anciano retrocedió sin decir nada. Uno le empujó hacia un rincón, avisándole pensativamente:

—Apaga la vela... ¡Sifotote aquí!

La Providencia quiso que le hiciera acurrucarse en el rincón en que guardaba sus armas terminadas y en donde tenía la pólvora y las balas para las pruebas necesarias. Como quiera que sospechaba, acertadamente, que todas las esquinas estaban vigiladas, su mente trabajó apresuradamente para encontrar un medio de avisar a su nieto.

Y lo halló. Empezó a cargar con disimulo una pistola, protegido por la oscuridad, con infinitas precauciones a fin de que la lanqueta no chirriase al rotar el cañón. Cuando la tuvo cargada, sonó en la calle un tenue silbido y el guardia

que espía a través de la ventana, avisó en voz baja:

—Ahí viene.

Hubo un movimiento de expectación. Los apostados en la calle medio se levantaron, ensartando las pistolas. Al extremo de la calle, surgió un bulto vestido de gris, que corría volviendo la cabeza hacia atrás. Sus pasos resonaron en la acera.

El corazón, más que los sentidos, indicó a Amos Kilder cuál era el momento adecuado para obrar. Asestó la boca de su arma hacia el techo y la pistola rugió, enviando el proyectil y las llamas contra las vigas.

Inmediatamente, Ben se puso sobre aviso. Giró en redondo y precipitó su huida con toda la agilidad de sus piernas. Los guardias, viendo malbaratada la emboscada, salieron de los lugares en que estaban ocultos y dispararon contra el fugitivo, entendiendo que ninguno de ellos podía competir con él en velocidad.

Persiguido por las balas y los guardias, aumentó su ventaja al doblar una esquina y la niebla se le tragó como si jamás hubiera existido.

Mientras corría, el cervello de Ben trabajaba a presión y le inducía a encaminarse al puerto. Mil preguntas deslumbraron su mente y hallaban maquinal contestación. No era necesario insistir para saber lo ocurrida, ni la que ocurriría, en la armería. Sólo le restaba, puesto que su abuelo había sacrificado su libertad por él, pues no había ninguna duda que la perdería, ponerse a salvo a costa de lo que fuere.

Pasó ante una taberna y volvió sobre sus pasos, penetrando en ella. Era una humilde taberna de marineros, socia, llena de humo y casi desierta. Dos mu-

jeres aguardaban la aparición de presuntas bebedores y no movieron un músculo de su cara ante su sorprendente entrada.

No era necesario ser un liice para descifrar el sentido de la acción con que quiso Ben moderar su premura. Estudiado por cuatro pares de agudos ojos, se sentó ante una mesita maltratada y se encogió de hombros, como si con ello pudiera desaparecer, apretando el hombro contra su pecho.

Una de las mujeres, llamada, a falta de otro nombre, Bristol, conmovida por su palidez, fué hasta él. Ben no levantó la cabeza para mirarla; presentía su persona, de la misma manera que adivinaba que el sudor mojaba su frente.

—¿Os persiguen? — preguntó Bristol.

Los ojos de Ben, ya que no su lengua, fueron bastante expresivos. La mujer le agarró de un brazo y lo arrastró tras de sí.

—Seguíme... — ordenó y se encará con su compañera: —Oye, cuida del mostrador.

Le condujo a una habitación pobremente amueblada y carró las cortinas de las ventanas, mientras Ben la dejaba hacer en el centro de la alcoba. El feo rostro de su auxiliadora se animó al hablarle:

—Aquí estás seguro, señor.

Que la mujer fuera joven y le diera un título, a todas luces inmerecido después de su fuga, no dejó de sorprenderle. ¿Era tan escasa la humanidad en las personas que había tratado?

—Pero tú irás a la cárcel, si me encuentran contigo.

Una sonrisa extraña y un alisamiento de espaldas fueron la contestación antes de que puntualizase con indife-rencia:

—En la prisión nací.

Esta respuesta lo explicaba todo. La idea de valor que invadió el corazón de Ben, al saber que la fuerza de los humildes está en la unión, fué substituida por una helada impresión. Alguien golpeaba en la entrada, cuyo cerrojo estaba corrido, diciendo:

—¡Abrid en nombre del rey!

De puntillas, Bristol llevó a su protegido a un recodo que formaba la habitación, disimulada por unas cortinas, y allí le ocultó. Los golpes proseguían. El corazón de Ben latía furiosamente. Bristol no estaba más segura de sí misma...

No obstante, y a pesar de una súbita inquietud que la dominó, su voz sonó natural.

—Marchaos ya... ¿Qué queréis?

—Abre la puerta.

Ante esta insistencia, Bristol se encaminó hacia ella y empezó a correr el cerrojo, arguyendo:

—Callaos, hacedme el favor. Tengo un caballero de huéspedes.

—¡Un caballero! Estamos buscando a un huésped.

Las risiadas de los guardias crecieron, burlándose de sí mismos.

Desorientados por la pequeña acción de la mujer, se marcharon haciendo comentarios sobre la propia torpeza. Ben no esperó a que Bristol le fuera a buscar. Cautelosamente salió de su escondite, e incapaz de expresar su agradecimiento de otra forma, sacó una bolsita en que guardaba toda su fortuna y se la puso en la mano.

—No tengo más—se excusó.

Su salvadora rechazó el dinero con un ademán de pesar que le hirió en lo vivo. Era clara que la había ofendido, y lo lamentó en lo hondo de su alma.

—No lo quiero.

—¡Cógelo, te lo vas a ganar!—aseguró, cediendo a una súbita idea.

El resquemor de Bristol se volatilizó, dando paso a una mueca servil y digna, mientras miraba el anillo de Ben con admiración manifiesta.

—¿Qué tengo que hacer?

—Estérate del emplazamiento del «Tropic Stars» y de la hora de su salida.

—Descuidad: hay gente que me informará de eso.

—¿Conoces la armería de la puerta de San James?

—Sí.

Ben, inesperadamente, se sumió en sus pensamientos. Ella aguardó con paciencia a que le hablara. Decidióse, al cabo, el joven recobrándose de su ensueño y su voz temblaba de afecto:

—En ella trabaja un viejecillo... Se llama Amos Kildner... Lleva espejuelos con arcos de plata... y tiene una barba sin afeitar que es un rastreo—se irguió:—Te prevengo que vigiles, porque habrá guardias. Dile al viejo que le quiero mucho y que irá a verte cuando vuelva de las Indias.

—Sí, señor.

Bristol se arrebujó en una mantilla apolillada y fué hacia la puerta. Una vez allí, le contempló de nuevo, intentando animarle.

—Lo haré en seguida... Yo cerraré al salir. Quedaos aquí hasta que vuelva.

Chirrió la herrumbrosa cerradura, cortándole toda salida. Mas Ben no tenía nada. Estaba muy fatigado y el camarón de la alcoba le invitaba a acostarse, única manera de refrenar el curso de sus encabritados pensamientos. Se quitó el frac y se tumbó en él, dispuesta a esperar el regreso de Bristol, pero

poco a poco, férreamente, el sueño le hizo bajar los párpados.

Cercano ya la madrugada, Bristol tomó de su correría. En silencio penetró en la estancia y estudió con un maravilloso catiño a su protegido, que respiraba apaciblemente. Luego, pasó una mano sobre su hombro, sacudiéndole con delicadeza.

—¡Christ!... Señor, levántase. El camino del puerto está libre.

Ben se incorporó con presteza, rechazando el sueño que le entorpecía y buscó su frac. Mientras se lo ponía, componía su mente y preguntó a la mujer:

—¿Has visto a mi abuelo?

—Le han llevado a la cárcel.

El sueño pareció escaparse bajo sus pies. Tuvo que sentarse para no perder el equilibrio. Los labios le temblaban; a pesar de que había supuesto que sir Arthur se vengaría de una forma u otra de él, jamás se le ocurrió que llevara a cabo tal atropello, que transformaba el aspecto de la situación.

Y fué su impetuosa juventud la que habló, con las riendas palpitándole de ira:

—Me quedo en Inglaterra.

Bristol se atrevió a tocarle un brazo, ajustada por sus ojos y sus palabras.

—No, no, marcháos... Eso dijo él.

Luego, le había hablado. Sorprendido por el arrojo de la buena mujer, ante quien había de descubrirse, exclamó:

—¿Le has visto?... ¿En la cárcel?

Bristol quitó importancia a su acción con un vago ademán y se sentó antes de responder:

—¡Oh, claro! Allí me conocen. Me dicen... ¡Hum!... ¡Si lo sabía de memoria!...

Calló unos segundos, recogiendo todos

sus recuerdos para dar el mensaje del anciano. Por fin, rompió el silencio:

—«Di a Ben que hará mucho mejor marchando a las Indias... y volviendo con su fortuna... que el oro abre... todas las puertas... que si se queda, no me podrá sacar... y a él, en cambio, le colgarán por lo que hizo.» Eso fué lo que dije—concluyó con infantil orgullo de haber sido capar de tanta proeza.

La experiencia de su abuelo triunfó en sus deseos de precipitarse a salvarle. Se levantó de la cama y recogió el sombrero de copa.

—¿Dónde está el bergantín?

—En el viejo muelle del azúcar. Apenas a un tiro de piedra de aquí; la marea es dentro de una hora—y añadió con curiosidad—: ¿Cuál es el nombre de Vuestra Señoría?

Ben se azoró al oír este tratamiento, meta de todos sus esfuerzos, que le recordaba que todavía desconocía la personalidad de su providencial salvadora. Tarde o temprano lo conocería, pero entonces...

—Deja el tratamiento. Mi nombre es Ben nada más. ¿Cuál es el tuyo?

—Isabel... Pero ¿qué me ocurre!—exclamó, sorprendida del cambio de Ben.

El joven se había convertido en una estatua de piedra. Aquel nombre y en tal lugar... Se había olvidado de Isabel y había sido necesario aquella coincidencia para que su imagen le atormentara con el inflexible martirio de estar lejos de ella. Se sobregusó con dificultad a su emoción y se corrigió:

—Nada.

—Ya sé que a una chica como yo, ese nombre no le cuadra bien; pero mi madre tuvo el capricho de ponerme lo.

Le dotó su excusa e impulsivamente

le cogió las manos, apretándoselas con efusión.

—No hay nombre bastante bonito para ti.

—¿No os burláis, señor?

—¿Crees que no signifiquen nada para mí el haberme salvado la vida? Y sin ningún interés—agregó.

El rubor cubrió las facciones de Isabel, que excudrió el suelo y arrastró las pies al responder:

—¡Oh, sí!... Hubo una razón.

—¿Cuál?—sonrió Ben.

—No os reiréis de mí?

—Nunca podría hacer eso... Isabel—dijo con esfuerzo.

—Porque veis... un caballero—y antes de que él replicara, contó—: El único que traspasó mi puerta. Maggie Martin, la que vive en la esquina, conoció un día a un sargento de la guardia del Rey y no cesa de hablar de él. Tiene una sortija de plata, una alfombra y un jarrón de porcelana con rocas pintadas digno de una reina, pero nunca conoció a un caballero.—se repuso de su confesión—: Es tiempo de que os vayáis, señor.

Ben no se dispuso a salir. El relato de las ambiciones de Isabel le había conmovido profundamente, como una exquisita armonía que, brotando de un lugar oscuro y tenebroso, elevaba su alma a regiones desconocidas y más puras...

Ya en la puerta de la habitación, la

mujer le detuvo con una súplica en los labios:

—Por favor, señor... ¿Puedo acompañaros hasta la esquina nada más? Querría que Maggie Martin nos viese juntos; así sabría que habéis estado aquí.

Ben le ofreció el brazo, maravillándola tal gesto, y echaron a andar. Bristol se movió con la majestad de una princesa, ingenuamente vanberbecida de su suerte. Bajo la misma ventana de su rival, Ben se quitó el sombrero, hizo una profunda reverencia y le besó la mano con galantería, momentos antes de esfumarse en la neblina y de arrojarle a las aguas del puerto.

La Martin, maravillada de su apuesta, se asomó a la calle desde la ventana, desde donde curiosaba, a pesar de lo temprano de la hora, y preguntó a Isabel:

—¿Quién era ese?

Isabel se acurrió la mano herida, se pasó con gallardía los picos de su mantilla por la cintura y contestó condescendientemente:

—El duque de Rochampton.

El todo de Maggie Martin resbaló del alféizar de la ventana y casi cayó su propietaria a la calle. Porque, aunque la presencia de la aristocracia a tales horas y en tales lugares era improbable, Isabel había triunfado. Ben tenía toda la prestancia de un duque.

CAPITULO IV

EL TESORO DEL PACIFICO

«Tropic Stars era un buen velero que surcaba, como una gaviota el espacio, los mares. Puntualmente zarpó de Bristol con rumbo a las Azores, primer punto en donde fondearía.

Al día siguiente, mejor, cuando se hizo de día, mientras sir Arthur ponía a precio la cabeza de Ben, por la que pagaba un buen puñado de libras esterlinas, el joven fué sorprendido en su escondrijo y arrastrado por dos miembros mariseros a presencia del capitán.

El capitán era un sujeto seco y enérgico, que solía castigar los delitos e insubordinaciones con la misma imparcialidad con que dirigía la maniobra. Su contramaestre compartía este criterio, por lo que ambos no se maravillaron de su desconocido pasajero, aceptando el accidente con una indiferencia rayana en la abulia.

—Un apolirón, señor. Estaba escondido en la bodega.

El capitán recorrió con la vista a Ben de pies a cabeza, calculando el partido que podía sacar de él, sin que sus facciones mostraran contrariedad. El «apolirón» era un buen moro, y eso bastaba para él.

—¿Hay trabajo para él, señor Grimes? —preguntó al contramaestre, bajando el catalejo.

—Sí, señor; lo hay.

—¿Te has embarcado alguna vez? —dijo el capitán a Ben, que esperaba su suerte serena.

—No.

—Entonces... tu primera lección será que siempre has de llamarme señor.

Y con el revés de la mano le abofeteó, disparándole contra la borda. Se resguo Ben al instante del golpe y la sangre se le agolpó en los ojos, animando su característica furia.

La pasión le cegaba, y así cometió el gran error de creer que podía acumular impunemente al capitán, que ya no le haría caso, y de no fijarse en el contramaestre. Cuando saltó sobre el primero de a bordo, una cabilla le golpeó en la cabeza.

—Que seicen los juanetes, señor Grimes.

—A la orden, señor. Izad los juanetes. Dado prize.

Nadie prestó atención a Ben hasta que la maniobra se hubo efectuado. Después, unos marineros llenaron un cubo de agua del mar, la variaron sobre el inerte joven y lo retiraron del gaza.

Esa fué una buena escananza para Ben. El capitán, como el barón de Brestholm, tenía derecho de vida y muerte sobre los tripulantes, con la diferencia de que el marino era justo e imparcial y sólo castigaba en los casos necesarios,

atendiéndose al Código y a la disciplina náutica de aquella época.

La tripulación era ruda y eficiente y aceptaba aquel estado de cosas, sin preocuparse nada más que de sí misma.

Por consiguiente, Ben acató el ejemplo y entró a formar parte de ella, deseoso de experimentarlo todo, seguro de que aquella dura escuela únicamente podía reportarle beneficios.

Tras de algunos meses de monótona navegación, sólo distraída por unas bandadas de juguetones delfines, llegaron a las Azores y siguieron su itinerario. Pasada el Brasil, entraron en los mares cálidos. Ben ya era, gracias a su destreza física y a su natural inteligencia, un marintero modelo, que en muchos momentos substituía en su tarea al timonel.

Con el ápero maniobras cotidianas se fue desarrollando y bronceando y nadie hubiera reconocido en el vigoroso y fuerte marintero al Ben de antaño. Ya era un hombre perfecto, de gran belleza física. Sus camaradas le respetaban y admiraban por sus condiciones de resistencia y de fealtad.

Una noche, a poco de haber doblado el Cabo de Hornos y entrado en el océano Pacífico, estaba haciendo su cuarto de timonel. La campana sonaba marcando los turnos. Sólo había las luces de presunción encendidas; lo demás dormía bajo el estrellado y diáfano cielo tropical. Entregado a sus recuerdos, le sobresaltó la voz del contramaestre.

—Tú, Caleb Green, ve a popa y siéntate en la grimpola.

—A la orden, señor.

Ben vio cómo se le aproximaba el sorprendente y delgado marinero nombrado. Ya le había llamado la atención antes, pero su curiosidad se renovó cuando le tuvo delante.

En efecto, su conducta era acreedora a ello. Caleb tensó el cable de una vela, lo que distrajo al contramaestre, y seguro de que ya nadie le observaba, subió las escaleras de popa, preguntando:

—¿Qué rumbo llevas?

—Nardnorroeste.

Entonces, creyéndose a cubierto de la vigilancia de Ben, vació con disimulo un saquito que sacó del bolsillo, repleto de tuercas, clavos y tornillos y otras desperdicios herrumbrosos, en un lado del cuadrante luminoso de la brújula. Tan veloz y bien ejecutada fue su acción, que Ben casi estuvo tentado de frotarse los ojos, como si despertara de un sueño.

Fero la sjeada de anlays que el marintero le envió antes de recomprender su camino hacia el puesto, le aseveró que

no se equivocaba. Caleb había hecho, en realidad, un acto de sabotaje y, como tal, castigado por el Código marítimo. No, no había soñado. Las claves y demás deshechos reposaban junto a la brújula, aunque sólo alguien enterado podía advertirlos.

¿Por qué? ¿A qué se debía tan anómalo comportamiento? Los conocimientos adquiridos por Ben le permitían deducir que la brújula experimentaría una desviación, pues la sueta imantada no permanecería indiferente a la proximidad del hierro y marcaría un rumbo distinto al llevado hasta entonces.

Perplejo, estaba meditando sobre lo que había de hacer, cuando los pesados susurros del contramaestre sonaron cerca. Este personaje estudió la esfera luminosa y, regañándolo, abofeteó a Ben.

—Te has apartado un punto del rumbo. Despiértate.

Ben no protestó. Le convenía mucho más descifrar el misterio, aparta de que su estancia en el bergantín le había enseñado que era preferible soportar impasible los malos tratos; y aquél, no se debía a la ira ni a la crueldad; sólo había sido destinado a reanimarle y advertirle de su error.

Sin embargo, al día siguiente, en ocasión de estar recogiendo una vela con Caleb, no pudo retener su curiosidad, tanto más cuanto mediaba una ofensa. Repentinamente, pues contaba con la sorpresa para sus propósitos, le espetó:

—¿Por qué desviaste la brújula anoche?

—¿De qué estás hablando?

Las morenas manos de Ben dejaron de fijar la vela y le miró de frente.

—Tu lo sabes bien. La desviaste y yo

recibí un golpe por ello. ¡Quiero saber por qué lo hiciste!

—Bueno, te lo voy a decir... ¿Conoces esto?

Apartó un mechón de cabellos que le caía sobre la parte derecha de la frente y le enseñó una cicatriz en forma de «O» que ya había visto más de una vez, y así se lo dijo. Pero Caleb, como si no le hubiera escuchado, prosiguió con los ojos centelleantes y con enconada amargura:

—«O» significa dender... quince años en las pantanos de Guinea. ¡Quince años sujeto con grillos, porque debía diez libras! ¡Un crimen fue no tener dinero!

Ben supuso su estado de ánimo y simpatizó con él. ¡También conocía lo que era sufrir!

—El mío no tener nombre—murmuró, y luego insistió—: Quiero saber por qué cambiaste el rumbo.

—Si miras en las cartas de navegación, verás que hay unas islas al Sudoeste de aquí. Hay una fortuna en los mares de esas islas. Oí el relato de unos marineros que tocaron en ellas hace años—se excitó a medida que hablaba—. Ostras perlíferas, brillantes como soles y gruesas como tu puño. Una fortuna para el hombre que vaya a buscarlas. ¿Por qué crees que me metí en este indecente barco? He esperado tres años, mendigué y he pasado hambre en Bristol aguardando una ocasión, y este barco me la ha brindado.

Ben le interrumpió para formular una interrogación que se presentó a su inteligencia:

—Si las perlas abundan como dices, ¿por qué los marineros no volvieron?

—Dejaron muy mal recuerdo de su estancia. Los isleños, pacíficos al principio, al final se levantaron contra ellos.



—Věra a Břetislav.



—al transcurse de trei zile la transcurse se va însuși.



—Noua apăsătoare, jurează, Bănuț.



—la mare de mare se vede după un minut.



—Kree an imbecill.



—y xolo Purdy largi muntreus nu jca.



The Action



Indes



—Estudio um momento, que vive o dia.



—F. estudo sobre o fundo, que se apresenta.



—O estudo.



—O estudo, que se apresenta.



— Poy qué hasis esto pte m?



— ¡Los cuatro años en el penal de Bilibid!
te acordabas tú! es tu puzón.





«El» y Ben que está mucho mejor involucrado a los indios.



Carly Green.



—¿Qué es este hombre?



—Hay una turnada en los muros de esas salas.



Con infinitas piras de leña, se desolgaron.



Estaban en una larga calle.



El talante está a Ben de que se curia algo.



Estaban al lado de la casa de su madre.



—Sin producir una palabra. Fin la hora.



—¿Resististe una muestra... una sorpresa?



—He vuelto con una gran familia.



—Llevaba las manos y me lo miraba.



Se contemplano uno sguardo...



«Eccoci in balla vincente!»



«Eccoci in balla vincente!»



«Eccoci in balla vincente!»

Hubo una matanza y sólo unos cuantos pudieron escapar.

—¿Habrán olvidado los indígenas?

—Pues... lo dudo.

La ambición y la venganza hacen fuertes a los hombres. El raro fanatismo de Caleb le daba cierta grandera en aquel instante y Ben le admiró.

—¿Y piensas intentarlo solo?

—Lo haré como sea. He de borrar esta pata siempre—dijo, tocándose la huella infamante.

—Desertarás al llegar a las islas, ¿eh?

Caleb ya se había arrepentido de su impulso, que le ponía a merced de un extraño, y se volvió hacia él con feroz determinación, agarrando sus manos en la lona:

—Sí. Y no hables a nadie de esto, si quieres vivir.

La voz de Grimes les indicó que su inactividad había sido advertida y que

si no se enmendaban el secreto de Caleb sería descubierto.

—¡Eh, vosotros! ¡Basta de charla! ¡A vuestro trabajo!

Terminaron de pasar los cordones a la lona y, antes de descender a cubierta, Caleb asió el brazo de Ben y lo estrujó con su delgada mano, que la amenazaba terriblemente acerada.

—¿Has entendido?

—Sí, ya te oí—exclamó sin darle importancia—. Pero no tengas miedo. No diré nada por una sola raón: ¡Me voy contigo!

Caleb lanzó una interjección de alegría, aceptando a su inesperado cómplice. Porque Ben estaba decidido a serlo. La suerte había puesto a su alcance los medios necesarios para que, al igual de Caleb, saciara sus deseos de venganza y—no iba a rechazarlos, costara lo que costase.

...

Sin más incidentes notables, el bergantín siguió el rumbo que la iniciativa de Green le hiciera tomar. Los dos cómplices trabaron firme amistad y se relataron su camodeada existencia y sus sufrimientos, con lo cual el afecto aumentó.

Sin embargo, como transcurrían las días sin que las anheladas islas aparecieran, lentamente les fué dominando el temor de que los cálculos de Caleb y asimismo sus informaciones, fueran erróneos. El tiempo les abrumaba, se les antojaba tan interminable como la inmensa llanura azul de las olas.

Con un suspiro de alegría, por consiguiente, oyeron la voz del vigía desde lo alto del palo mayor dar el aviso de que había tierra a la vista.

Todos se precipitaron hacia la borda y el capitán, abrumado por la extravagante noticia, montó su catalejo, preguntando:

—¿Dónde se ve?

—Dos puntos hacia estribor.

En efecto, las cimas de unas montañas, a las que la distancia prestaba el encanto de la irreñidad, surgían en el horizonte, casi confundidas con las olas.

Como cada cual participaba por diversos motivos de la sorpresa y la excitación del primero de a bordo, las faenas fueron abandonadas y las bordas y los cables se llenaron de una multitud de hombres, que las contemplaban absortos.

Caleb y Ben se sintieron humorísticamente culpables de la perplejidad del capitán, que susurraba a su constrañeestra, aunque todos oyeron su comentario:

—¿Tierra aquí? No figura en la carta. Como no sea que estemos a cincuenta nudos al Este de nuestro rumbo... Aquí no hay corrientes fuertes. Quizá sea una variación magnética.

Había dado en el clavo. Los dos jóvenes casi se ahogaron al dominar sus carcajadas. La burla y la alegría retrobaban en ellos. Las montañas se agigantaban a medida que el bergantín surcaba hacia ellas y no era posible negar su existencia.

Pero un viejo lobo de mar no estaba muy convencido de todo aquello.

—Están viendo visiones — gruñó—. Hace más de diez años que séguimas este derrotero.

—No. Se ve una isla hacia allí—afirmó Caleb, tendiendo su esquelético índice.

—Será una nube.

—No. Mira—recomendóle Ben.

Y el parecer de ambos, sobre quienes no pesaba ninguna sospecha, ya que su conspiración era desconocida, terminó de convencerle. Además, el relieve de las montañas y las copas de los árboles eran perceptibles a simple vista. La frente del capitán se arrugó, expresando su mal humor.

—Y está habitada. Se distinguen bien

señales de fuego. No tocáramos en ella, señor Grimes.

—Deben ser pacíficos, señor.

—No. Estoy advertido contra los isleños de estos mares—repuso el capitán.

—Pues que los caribes todos ellos. Pero busquemos un fondeadero para pasar la noche.

Esta afirmación hizo dar un salto de contento a Caleb y Ben. Quería decir que les facilitaba las posibilidades de deserción y una travesía más corta a náula. Con un ardor increíble, se precipitaron a maniobrar como ordenaban sus superiores, no viendo llegar el momento oportuno de evadirse.

A medianoche, cuando el marinero que estaba de guardia les dio la espalda, abandonaron la cámara de los marineros y pisaron la cubierta, con los pies descalzos y los zapatos colgados del cuello. Estuvieron agazapados unos segundos, estudiando el terreno, y luego Caleb se deslizó hacia proa, que apuntaba a las ansiadas islas.

Llevaban sus efectos, entre los cuales se contaban dos pistolas, en un paquete de tela impermeable y preparado de tal manera que no les entorpeciera los movimientos. Con infinitas precauciones, se descolgaron por la senviola. El agua no produjo ningún ruido al recibir sus cuerpos, pues, más que dejarlos caer, lo que habían hecho era entrar poco a poco en ella, soltándose de las cuerdas.

Poco después nadaban hacia las islas. De las que acaso les separaría una milla y tres cuartos. Caleb iba al frente, cortando la oscura resaca con nerviosos impulsos, desearo de arribar a la playa antes de que la fuerza se le agotase. Ben le seguía con bravadas amplias y seguras de campaña de natación.

No obstante, estaba próxima el alba y sólo habían salvado la primera línea de arrecifes, faltándoles un buen trecho que recorrer. Pero la barrera de coral, frenando el ímpetu de las olas, facilitaba su progreso. Entonces, Ben ya llevaba la delantera y, por su enorme cansancio, podía deducir el estado de su compañero, cuyos jadeos resonaba algunos metros más atrás.

Ya se podían considerar fuera de peligro. Se paró, quizá para proporcionar algún alivio a Caleb, y miró en dirección al barco. La luz de la mañana iluminaba sus velas, que empezaban a desplegarse y a hincharse con la brisa.

Caleb sólo pudo decir, para indicar la importancia que el momento tenía para ellos, la misma frase que un héroe, un hombre osado, pronunciara asimismo en una tierra desconocida:

—Sí, hemos quemado las navas.

Los últimos cien metros constituyeron una pesadilla. Casi exclusivamente se aprovecharon de la fuerza de las olas para tocar la playa. Ben se desplomó en la arena mojada con un gemido; Caleb quedó con el cuerpo en el agua. Derrumbados, se arrastraron sobre los codos y las piernas y, después, perdieron la visión de las cosas.

El sol lucía esplendoroso. Ben aun dormía. Caleb movió la cabeza con dificultad. El instante, más que los sentidos, avisaron a Ben de que ocurría algo anormal. Y miró.

Delante de él, un hombre alto y semidesnudo le estudiaba, con una lanza enarbolada. A pocos metros del isleño, un trapel de hombres, que describía un semicírculo al acercarse, hacían lo mismo. Le impresionaron su cautela y su aparente ferocidad. Eran altos, bien mus-

culados y de tez tan clara como la suya, aunque de un ligero tinte aceitunado.

Dió un codazo a Caleb, reanimándole. El delgado marinero no necesitó ninguna explicación. No dijo nada y observó a sus enemigos. Estos adelantaron sus armas cuando los dos europeos se pusieron en pie, y estrecharon el muto de carne que les asediaba.

Ben quiso sacar la pistola del hato, pero Caleb le contuvo, sin duda por creer que, en el peor de los casos, la natural noblera de los isleños se impondría. Su amigo le alabó el pensamiento y a una señal de sus captores se internaron en un bosquecillo de palmeras, salvaron varias irregularidades del terreno y entraron en una larga calle, polvorienta y desierta, formada por dos hileras de cabañas, de donde brotaban hombres, mujeres y niños muy excitados.

Con gran impasibilidad, obedecieron a una orden ininteligible de los indígenas y se detuvieron ante una cabaña de mayor tamaño que el resto. Un anciano flaco y semidesnudo apareció seguido de dos hombres en la flor de la edad. Pronunció un discurso en su lengua, mientras los hierros de las lanzas avanzaban contra los dos prisioneros; un murmullo de aquiescencia recorría a los espectadores.

Por último, en vista de que ninguno de los dos marineros le entendía, llamó en voz alta a una persona, un chiquillo de unos doce años, del que les mostró las espaldas, cuya carne estaba marcada por las cicatrices de unos azotes.

—Los marineros— dijo Caleb en voz baja.

—Sí. Todavía se acuerdan.

Ben sacó del fto de ropa su pistola e indicó a Caleb que hiciera otro tanto. Cugulas por los cañones, se las ofreció al anciano, que no pareció entender el ademán y dió una orden a sus guerreiros.

—Espera—suplicó el joven.

Entregó su hato a Caleb y se quitó la camisa, enseñando al jefe el dorso de su cuerpo. Afortunadamente, se había acordado de las huellas similares que dejara sobre él la crueldad de su tía. Casi agradeció que éste le hubiera azotado, pues los indígenas comprendieron que se hallaban ante hermanos en sufrimientos.

Inmediatamente, la situación cambió de aspecto. El jefe les devolvió las pistolas y abrazó y besó a Ben, haciendo otro tanto con Caleb, que no parecía aceptar muy a gusto la ceremonia de su ingreso en la tribo de indígenas.

Los días pasaron suaves y rápidos. Los dos marineros se captaron el afecto de sus amigos, que les permitieron, con alguna extrañeza, pescar ostras perlíferas en el lago de agua salada formado por los arrecifes. Así, cada día aumentaba el botín de perlas, que guardaban en unas bolsitas que fabricaron al efecto.

Ben se hundía en las cristalinas ondas, se ausentaba durante un minuto o dos bajo ellas, provisto de un agasado cubillo, arrastraba los moluscos con él y reaparecía en la superficie, colocándolos a los pies de Caleb, el cual los abría inmediatamente.

Los indígenas perdieron interés por sus dos amigos y lentamente los dejaron en paz. El último espectador que tuviera fué una hermosísima joven, que no habían visto hasta entonces. Estaba situada sobre una roca y observaba la reaparición de Ben en la superficie, después de haberle dicho Caleb, que estudiaba una perla:

—No es tan grande como tu puño, ni brilla como el sol, pero algo es algo.

Ben respiró, tomando aliento, con tal fuerza que arrancó una carejada cristalina a la muchacha. En lugar de dirigirse hacia su amigo, que observaba con reparo el cambio de rumbo, nadó hacia la roca y saludó a la muchacha.

—¡Hola, hola!

—Ya ora sa.

—¿De dónde has venido tú?—pregun-

tó pisando la roca y mirándola fijamente.

Se reanudaron las risas de la muchacha, que ofrecía un aspecto seductor, de sirenas asombrosas que atrae a los marineros, al aquilatar el significado de sus maravilladas ojeadas.

—Eaha.

—¿Cómo te llamas?

Ríase la desconocida, señalando la ostra que tenía en la mano, y Ben, algo cohibido, creyó necesario darle algunas explicaciones.

—Estoy buscando ostras.

—Mama tera tan—le respondió con leve burla.

—Puede que tú sepas cuál de ellas contiene perlas—y cambió de tema con admisión—. Desde hoy, te llamaré Eya, aunque es probable que no sepas quién era Eva.

Ni parecía importarle, pues se arrojó de cabeza al agua y él se echó tras ella. A Caleb no le hizo ninguna gracia la nueva amistad de Ben, y mucho menos cuando la muchacha, creyendo que comían las ostras, le entregó una sin perlas, arrastrando hacia la playa a Ben, mientras él murmuraba:

—La sirena humana.

Eva, en efecto, merecía el epíteto. Ben pronto empezó a ceder a sus encantos, y más aún a su desconocida alegría natural. Eva era una muchacha encantadora, que se encariñó con él y que no

le dejaba ni a sol ni a sombra. Empezó, pues, entre ambos un idilio, que logró borrar de la memoria de Ben su año de venganza y la imagen de Isabel, la cual le había animado hasta entonces.

A pesar de que su amor crecía de día en día, no estaba tan ciego que no advirtiese que Caleb le esquivaba en cuanto llegaba a su presencia. ¿No aprobaría que tomase parte en las danzas del pueblo, o era a Eva a quien se debía el cambio? Decidió a averiguarlo, no día pudo sorprenderlo al regreso de un paseo por la playa con la muchacha.

—Esta vez no te escaparás fácilmente. ¿Adónde vas? —preguntó.

—¿Esperabas que me quedase? Dehíste haberme avisado—refunfuñó su amigo señalando a Eva, que arreglaba unas flores.

—No dije que viniese—se excusó.

—Pero la miraste. En estas islas, con mirar es suficiente.

—Ya haré que se vaya.

Su amigo le retuvo por un brazo y clavó en él una mirada acerada.

—Harás una tontería, Ben.

—¿Por qué?

—El viejo cacique me dijo que nuestro barco es el primero que llegó a estas tierras desde hace siete años. Quizá pasen veinte sin que llegue otro.

—¿Qué insinúas? ¿Que nos pasaremos aquí la vida?

—Sí, es posible.

La conversación con el marinero le puso sobre aviso y pudo corregirse, apartarse de aquella muchacha, cuya belleza podía lanzar un sortilegio, reteniéndole e incluso, pensaba, supersticioso, impidiendo que los barcos llegaran. Pero fue inútil: el amor le apretó y su

pasión por Eva lo declaró. Como símbolo de ella, substituyó la flor blanca que solía llevar en el pelo por una orquídea de las que él cultivaba.

Esto fue la señal de que Eva pertenecía a Ben, y a éste no le disgustó que se habituara a usarla. Poco después se entregó a la tarea de enseñarle inglés, con el fin de poder comprenderse con más facilidad.

De esta manera, cosechando perlas y respirando el suave aroma del alma de Eva, el tiempo pasó sobre ellos. Pronto, sin embargo, empezó a sentir nostalgia por su patria; una inmensa melancolía se apoderó de él al considerar imposible su rehabilitación y el volver a estrechar entre sus brazos a su abuelo, que languidecía en la cárcel. En tales momentos, la memoria de Isabel se hacía punzante y le atormentaba.

Eva advirtió el mal que le minaba, a partir de cierto día en que un barco a la deriva encalló en la playa y Ben se sentó en una roca, presa de desesperados pensamientos. Caleb le observaba en compañía de Eva, la cual se volvió hacia él.

—¿El querer marchar?

—Sí.

—¿Por qué?

Caleb quiso sostener la pregunta, pero en balde: el instinto de Eva la avisaba de la verdadera tragedia que consumía a Ben. Y cuando Caleb miró:

—Se entristece cuando recuerda su patria...

—No... Allí hay wahini... Una mujer... —replicó.

—Es difícil de explicar. Algún día te lo contará él mismo.

Eva ya no le escuchaba. Echó los brazos al cuello de Ben y le dijo con gran

ariedad, que contrastaba con su alegría habitual.

—No pensar. El barco venir en poco tiempo.

Ben apenas le hizo caso. La tristeza podía más que sus deseos de hacerla dichosa.

—No. Aquí me quede por el resto de mis días.

—Yo sé hacer venir—repitió, tapándose la boca—. Yo decir agua embiarlo.

Y completó su sacrificio, porque lo era en verdad, procurando hacerla reír, cuando ella misma llevaba la muerte en el alma a partir de la revelación.

Ben se volvió lentamente de su desengaño. Incapaz de permanecer inactivo, introdujo una serie de mejoras entre los isleños, fabricando hachas, puntas de lanzas y cuchillos, amén de otros utensilios, con el resultado de que al poco tiempo todos le adoraban y respetaban como a un jefe.

Gastó parte de su tiempo en adiestrar a Eva en el manejo de los cubiertos de comer. Sin embargo, los instrumentos se escapaban de sus manos y rebotaban sobre la mesa, mientras ella lamentaba su torpeza:

—Soy muy estúpida.

—No; puede que sea yo el estúpido. Estas cosas no son para tí.

Día tras día sucedía la misma escena. Una mañana, después de igual resultado, en lugar de demostrar su contrariedad, abrió mucho los ojos y escogió sus palabras para explicar sus pensamientos:

—Estoy muy... feliz.

—¿Por qué?

—Tú has hecho mucho por mi pueblo y ellos lo saben. Fíjate cómo todos vienen a ti ahora, y ellos te lo cuentan todo

a ti, hasta Peesou... Te hacen jefe, si tú lo deseas.

El orgullo invadió a Ben, un extraño orgullo de creador. Expresó su alegría a la joven de la única manera posible entre dos enamorados. Súbitamente, un trueno, un cañonazo lejano, los separó. Ben fué a la puerta para averiguar el origen del disparo. Una goleta había anclado en la ensenada, poniéndose al palro.

—Esta vez no es un naufragio, Eva—y la abrazó diciendo esto.

—Te vas a ir—aseguró, con los ojos llenos de lágrimas— Si te quedas por última, yo misma me echaré al mar.

—Pero, Eva...

—Yo solamente quedo soy feliz siendo tú.

Pero el pasado se había desbocado en Ben, para que el sacrificio de la muchacha diera los frutos merecidos. Rápidamente, y sin mirarla, preparó su equipaje, tras de lo cual marchó al barco, regretando para anunciar que los recién llegados eran holandeses y que no desembarcarían.

Fué a su cabaña, en donde encontró a Caleb, que estaba inmóvil, estudiando su nerviosismo con curiosidad. De repente, Caleb depositó su saquito de perlas sobre la mesa.

—No te entiendo — protestó Ben— ¿Qué quieres decir?

—Toma mi parte. Te ayudará a recordar tus tierras y tu apellido.

—Pero ésta es la fortuna que andabas buscando...

—Sí, siempre busqué la fortuna y... la he encontrado aquí. Creíste que estaba loco cuando te conté lo de la isla, y tenías mucha razón. Estaba loco, loco por las riquezas, pero ignoraba lo que es un

verdadera tesoro. Ahora ya lo sé, y aquí me quedo. No te envidio, Ben.

Y en lugar de marcharse, como esperaba el joven, se quedó allí. Su alma sostuvo una terrible lucha. Por último, determinóse. Se apoderó del saquito de perlas y lo guardó en su cinturón.

Durante la cena de despedida, ni Ben ni Eva, a pesar del misticismo de su raza para soportar las penas, pudieron comer un poco. Cuando el sueño cesó, todos se pusieron en pie. Ben tuvo que reunir todas sus potencias para resistir la voz que le suplicaba que se quedase allí.

Como hipnotizado, besó y estrechó entre sus brazos, uno tras otro, a todos los hombres de la tribu, quienes le acompañaron a la orilla del mar entonando una

solemne y melancólica canción de despedida. Luego, desaparecieron.

Eva, semejante a un lirio salvaje, estaba sobre la arena mojada. Nada demostraba la congoja de su corazón; quizás unas tenues lágrimas, que se podían atribuir al reflejo de la luna. Sin proferir una palabra, Ben la besó...

Cuando la piragua hubo llegado al baco holandés y éste vino, Eva, como si cumpliera un ritual, como si sacrificara al destino su juventud y su belleza, dejó resbalar dos lágrimas por sus mejillas y en adición al amor que la abandonaba, se desprendió la orquídea de sus cabellos y cayó sobre las alas...

Y la orquídea, suavemente, se adentró en el mar como si andalara reunirse con sus hermanas, las flores blancas que la muchacha había suspendido del cuello de Ben.

CAPITULO V

EL CAMO CAZADO

Bartholomew Pratt, agente de cambio y bolsa y abogado, era un hombre grueso, asmático y provisto de una afilada nariz, que todas las mañanas llegaba con puntualidad a su despacho, cuya antesala estaba llena de aristócratas y prelados, ansiosos de que empleara en su favor la influencia que su pericia y fama de jurista le habían conquistado.

Cierta mañana, su empleado principal le nombró a los personajes que le esperaban y sus ambiciones, aunque esto fuera innecesario, por sabido de él, mientras Pratt ojeaba distraidamente unos papeles que había sobre la mesa.

—Están también los de todos los días y... el empleado empleó un tono misterioso — un marino, señor, un navegante vulgar, que pretende contaros una historia interesante.

—Pues dile que se vaya a otra parte con su cuento. No quiero perder el tiempo...

—Dispénsame, señor — insistió el empleado —. Le dije que se fuera y se rió de mí. Dijo que le entregara esto, señor.

Rebuscó en los bolsillos con sus dedos enguantados y depositó sobre la mesa una magnífica y brillante perla, que lanzó destellos irisados. El gesto de Pratt cambió por completo. Sacó una lupa de su bolsillo y estudióla con la atención de

un perito, tras de lo cual la dejó donde estaba momentos antes y echó su silla hacia atrás, lanzando un silbido de admiración.

—¡Hum!... Bien. Es una visita interesante. Que esperen los demás. Dile a ese marinero que... puede entrar con su historia.

—Ahora mismo.

Pero su *ahora mismo* se vió entorpecido por un alud de clientes que se arrojó sobre él en la antesala. Suplicó un poco de paciencia, con escaso resultado, a los militares cargados de entorchados, a los emperifollados nobles, y se aproximó a un marinero, bronceado y de barba cerrada, que observaba el tumulto con humorística benevolencia.

—Seguidme, joven.

El marinero le obedeció. Los demás vocaron a su paso hacia el despacho de Pratt, que era una injusticia, un atropello, ser postergados por un miserable marinero...

—No se debiera tolerar — fue la última que oyó.

Pratt no se molestó en separar los ojos de un papel. El marinero, una vez estuvieron a solas, se inclinó, gesto que fué cortado por el abogado. Sin embargo, la perla proseguía sobre la mesa como indicio de su curiosidad.

—Os concedo cinco minutos. No me gusta perder tiempo—anunció el belicoso jurista.

—Va lo sé, y por eso vine a veros.

—Con cumplimientos se pierde el tiempo.

El marinero dió unas rascadas y puso las manos sobre el escritorio, intentando despegar su vista del documento. Por fin lo consiguió.

—Me han dicho que sois hombre influyente en el Parlamento y en el furu.

—No lo niego.

—Que podéis comprar títulos o perdones y librar a un hombre de enemigos.

—Hablad ya.

El marinero encogió sus anchos hombros y prosiguió lentamente:

—¡Conocéis a sir Arthur Blake, de Breutholm, en Wiltshire?

—Sí. Va tuve relaciones con él.

—Pues es mi tío... y mi enemigo.

Ben Blake descubrió que había impresionado la mente del abogado, quien depositó el reloj sobre un libro y miró la hora que era.

—Pues me parece que habéis elegido un caso muy difícil.

Ben no le hizo caso.

—Es, además, usurpador. Sus títulos y propiedades me pertenecen legalmente, por ser herencia de mi padre, sir Godfrey Blake.

La noticia animó al abogado e indicó a su presunto cliente un sillón situado en un extremo de la mesa. El caso le empujaba a interesarse, era obvio. Además, parecía tener alguna relación con él, pues dijo meditabundo:

—¡Godfrey...? ¡Ah, conocí a Godfrey! Un gamo— y volvió al negocio—. ¡Y qué queréis de mí?

—Breutholm, mis derechos reconocidos por la ley.

—Esos es fácil. ¿Por qué venís a mí?

—Porque el caso no es fácil. No existe ninguna prueba del matrimonio de mi padre—y le interrumpió—: Eso no es todo. Me requiere la Corona por intento de rebelión contra sir Arthur cuando todavía era su humilde siervo.

—Os costará la vida.

—Lo sabía cuando vine a veros.

El sentido deportivo de Pratt afortunó. Dió una tremenda palmada sobre la mesa. Ben podía jurar que Pratt era ya su defensor. Le observaba con una maliciosa sorpresa, propia de su carácter contradictorio y batallador.

—¡Que me frian si no sois un gamo también!... — se recordó—. ¡Veamos! ¿Conque queréis ver confirmados derechos de herencia sobre los que no poseéis justificación legal y obtener perdón por una ofensa castigada con la horca?

—Sí.

—Sí... Bien. ¡Y lo decís como si nada!

Su ironía sacó de quicio a Ben, que se zopederó de la perla y se puso en pie indignado.

—Si lo creéis fuera de vuestro poder, iré en busca de otro.

Pratt aprobó su desafío con un gesto de cabeza. Reconocía que la rama había salido al tronco, y le gustaba, de vez en cuando, encontrar a alguien que osara tratarle, como aquel muchacho, de hombre a hombre.

—No. Seguid sentado. Es posible arreglarlo, pero costaría caro. Oreo que más de lo que poseéis.

Ben no respondió hasta haber esparcido las perlas que contenía un saquito sobre el escritorio. Rodaron unos momentos. Eran de diversos tamaños, pero

todas peras y de precio incalculable. Allí había una fortuna.

—¿Será suficiente?

—Bien... ¡Hum! Si. Esto me recuerda que mis honorarios os costarán dos mil libras—declaró, recochándose de su maravilla.

—Os pagaré cinco mil, si es necesario.

Pratt se encogió de hombros.

—Muy bien. ¿Queréis regatear conmigo? Cuando estipulo un precio, lo sostengo... ¡Je, je, je!—rióse de su chiste. —Ahora necesito unos detalles. Vuestro padre era Godfrey Blake, ¿no?... ¿El nombre de vuestra madre?

Ben le comunicó cuanto sabía de sus progenitores. El había nacido en Bombay. Sus enemigos decían que sus padres no estaban casados, y añadió algunos escusos datos sin importancia. El abogado los apuntó en un papel y luego se frotó la barbilla con la mano, muy pensativo.

—Es un hueso duro, Ben. Posiblemente demasiado para mis viejas quijadas. Vuestro enemigo tiene a su favor la ley. Claro que esta no supone nada si no tiene poder para sostenerla. ¿Me comprendéis? Tendrá que contender con hombres de su misma clase, arrogantes aristócratas y rancios hidalguitos, que estarán más dispuestos a defender esa causa que su honor y su vida...

Se detuvo para poner un poco de rapé en el dorso de su mano.

—Y se pondrán en contra vuestra, porque ellos saben que, sólo defendiendo sus privilegios, justa o injustamente, los conservarán. La injusta fama, y la verdad es que un hombre es un hombre, se llame como se llame...—hizo alto para surber el rapé y estornudar—. Bien. Venid el mes que viene.

Ben, antes de marcharse, quiso recoger las perlas, pero el abogado le paró.

—No, no. Yo me ocupo de las perlas. Estarán más seguras conmigo... ¿Os fiais de mí?

Hubo un momento de silencio, durante el cual se estudiaron mutuamente. Ben sonrió y dejó el tesoro donde estaba.

—Es lo mejor que pueda hacer. En vuestras manos lo pongo todo.

—Que me frian si no tenéis una cabeza bien sentada.

—Necesitaré dinero para pagar unas deudas. Unas mil libras.

La enorme cantidad no espantó al abogado. Extrajo la cartera y contó dos grandes billetes de un gran fajo que llevaba en el bolsillo.

—...Tened los ojos abiertos y la boca cerrada—le recomendó, y miró el reloj.

—El tiempo se va. Salid.

Y sin más ceremonias le despidió como si no le concediera importancia.

Las mil libras obraron milagros. De áspero marino se transformó en un esbelto caballero, ancho de hombros y estrecho de caderas. Satisfecho de sí mismo, convencido de que era difícilísimo reconocerla, se trasladó a Bristol, en donde unas cuantas libras esterlinas y su aristocrático porte, le sirvieron para franquear las rejas, cerradas tras de su abuelo desde hacía años.

Algunos presos se levantaron esperanzados, pero el carcelero los rechazó y se descubrió ante Ben, sosteniendo la puerta.

—Aquí le hablaréis, señor —aseveró, dando vuelta a la llave.

La celda, amplia y de bajo techo, era una pocilga inmundada. La humedad, los harapos y la paja podrida exhalaban un olor insoportable, que Ben simuló querer disfrasar con un pañuelo, aunque ciertamente su deseo era que su abuelo no le delatase al sorprenderle de improvisa.

Ben anduvo de un lado a otro, quitando los restos de mantas que tapaban a algunas, volviendo la cara a otros, en tanto que los presos le escudriñaban. Reconoció después a su abuelo. Estaba sentado aparte y con los ojos fijos en el pavimento. Una gran barba blanca había substituído al «rastreo» del pasado.

Controló su impulso de abrazarle y se sentó a su lado, sin que Amos se moviera. Y dijo en voz perceptible para todos:

—Tengo una pistola que fabricaste para mí hace muchos años. Puede que quieras repararla.

El anciano no se emocionó al escuchar su voz. Meneó sus manos vacías y sarmentosas, patentizando que su petición era estéril.

—No tengo herramientas, ni tampoco banco aquí.

—¿Y si estuvieras libre?

—¿Libre? ¡Hum!... Eso costaría cuarenta libras. Cuarenta libras me pusieron... Dios sabe que no fué un crimen.

La rabia rugió en Ben, pero la apagó como mejor pudo.

—¿Y no hay quien las pague por ti?

—Una hay... uno sólo... pero está muy lejos. Muerto quizá.

Progresivamente, tanteando el terreno con cuidado, fué preparando al anciano a la revelación de su personalidad. Finalmente, ya no logró resistir más.

—¿Resistirías una emoción... una sorpresa?

—¿Es que está vivo?

—Sano y salvo.

—¿Dónde está?—rugó el viejo, acercándosele.

—Volvió a Inglaterra.

—¿Está detenido?

—No, ni le detendrán. Está justamente a tu lado.

La barba de Amos Kilder tembló como una hoja antes de desprenderse de la rama. Quiso acariciarle, mas no osó ha-

cerlo; oteó en todas direcciones. Después le apretó la mano, cuando anhelaba estrecharla contra su corazón.

—¡Ben!—exclamó.

El joven calmó su arrebató y a hurtadillas depositó entre su pierna y la del anciano un puñado de billetes, que el armero quiso rechazar.

—No. Te sigues ocultando. Tienes miedo.

—Espero ser libre de aquí a un mes.

—Entonces me bastará con saber que te encuentras sano y salvo y que has conseguido dinero... Si lo ven en mi poder, querrán averiguar quién me lo ha facilitado.

—Cógelo, sin embargo; por si acaso.

—Sí, lo cogeré —dijo, guardándosele en el pecho—. Pero no lo usaré hasta saber que estás libre.

No duró mucho más la conversación. El carcelero se presentó anunciando el final de la visita. Rápidamente, Ben murmuró a su abuelo:

—Si quisieras verme, ponte en contacto con Silas Jones, en el George y Crown.

Se levantó de la piedra y cubrió su cabeza. Sin despedirse del anciano avanzó hacia la puerta, cruzando entre la chusma y diciendo con su voz sonora:

—Sí, la pistola es magnífica, amigo. Siento que no puedas arreglarla.

La estancia de Ben en Bristol, ciudad en que corría peligro en cada esquina para el antiguo fugitivo, tenía otro fin, además del de entrevistarse con su abuelo. Estaba no lejos de Breetholm, a donde se encaminaría en el momento oportuno.

Eso aconteció entrada la noche. En un viejo caballo caminó a la luz de las estrellas. Descabalgó ante la verja. No le preocupaba la idea de que iba a adentrarse en la boca del lobo. Se sentía valeroso y fuerte para enfrentarse con una docena de sir Arthur. Lo único que recordaba era otra ocasión en que penetró sigilosamente en el dominio, y repentinamente tuvo necesidad de analizar sus pensamientos.

Paralelamente y a la inversa de lo que había acontecido en la isla, saber que Isabel estaba a escasos metros de él, borraría el dulce recuerdo de cuanto despreciara en la tierra perdida en el Pacífico. Sin saber por qué, este pensamiento le molestó, y empujó la cancela.

Se deslizó pegada a los muros y se agachó al pasar delante de un ventanal iluminado. Contempló la escena del interior. Sir Arthur y varios de sus amigos conversaban sentados en unos sillones; varias botellas vacías indicaban que la tertulia no se distinguía por su sobriedad...

Penetró en la mansión por una ventana providencialmente entreabierta. Tenía

que cruzar por enfrente del salón para llegar a la escalera que conducía a las cámaras superiores. Mientras calculaba las probabilidades que tenía en su favor, escuchó a su tío, que a cada palabra arrancaba una risotada de sus amigos.

El barón aumentó el peligro al salir al pasillo voceando el nombre de un criado, que al cabo pasó llevando unas botellas y regresó a donde estaba antes de cumplir el encargo, entornando la puerta. De un salto, Ben se escabulló con las sienes palpitantes.

—Entonces le dije a lady Beere: «Lady Beere, me recordáis a la comadreja—gritaba sir Arthur—. ¿Qué decís, sir Arthur?... Os consideraba un caballero. Y yo le dije: «¿Qué os ha hecho creer tal cosa?»

Por consiguiente, cada había cambiado en Breetholm... Aprendió los puños y subió. La puerta de la alcoba de Isabel estaba mal cerrada y por la rendija se escapaba un hilillo de luz. Todavía no se había acostado. Sonrió pensando en su sorpresa.

—Aquí hay alguien a quien quisiera agradecer ver...

Isabel estaba sentada ante su tocador. Giró rápidamente y le envió una mirada de estupefacción. Cuando se repuso, en lugar de correr hacia él, anduvo con la serenidad de una diosa.

—¿Ben?

—¡Chist! No quiero molestar a tu padre... todavía al menos.

Ella pasó por alto el desafío y cedió a su abrazo. Luego, convencida ya de que era un ser de carne y hueso, el mismo Ben de siempre, orgulloso, atrevido y capaz de morir por sus sentimientos, dió un paso hacia atrás, exclamando:

—No doy crédito a mis ojos. ¿Cómo viniste?

—Quería verte, aunque sólo fuese un momento.

—Yo pensé que no existías.

—Te contaré todo otro día.

Hizo brillar a la luz de la lámpara un magnífico collar de perlas, que cayó en sus manos agradecidas. Isabel se lo puso y miró al espejo para estudiar el efecto del regalo sobre su tez.

—Bee, son preciosas, preciosas.

—Ha vuelto con una gran fortuna... Ahora podré pedir lo que es mío — la abrazó nuevamente—. ¿Y tú, olvidaste tu promesa?

—Nunca, ni por un momento.

Ben se llevó el dedo a los labios, recomendando silencio. Algunos pedidos trujian bajo el peso de un hombre corpulento. Isabel le arrastró hacia la ventana, con un terror tan manifiesto que algo de él se le traspasó.

—Déjame ser mi padre. Si te encontrara aquí, te mataría.

Ben sonrió, acariciándole las manos, y sus ojos se hicieron aterciopelados. La muestra de amor de Isabel le había devuelto la tranquilidad, perdida durante un instante.

—Lo intenté otras veces.

—¿Cuándo podré verte?

—Valdré mañana, a la misma hora.

Se subió al alféizar y miró abajo, estudiando la pared. El descenso no sería

difícil. Así, pues, permaneció con la pierna pasada y balanceando sobre el vacío. Isabel apresuróse a contenerle.

—¿Dónde te hospedas? Supón que pasa algo y te necesite.

Los pasos de sir Arthur sonaban inminentes. El tiempo urgía.

—Estoy en George y Crown, en Bristol, con el nombre de capitán Silas Jones.

En previsión de posibles e infortunados acontecimientos, Ben había escogido tal posada, por estar situada en una esquina y algo saliente con respecto al resto de los edificios de las calles que en ella convergían. Y su precaución se extendió a la elección de la habitación, cuya puerta estaba próxima a la escalera y dos de sus ventanas daban, una a la entrada principal, y la otra a una calle lateral.

Afortunadamente, el dueño, que de haber conocido las causas de aquel capricho hubiera levantado en armas a todo el barrio, cedió sin discusión a las preferencias de su opulento huésped, desviándose por satisfactas. De tal suerte, auxilió sin saberlo a Ben.

A poco de haber regresado de Bretholm el joven, un coche cerrado y tirado por dos estupendos caballos franó ante la entrada principal. De su interior brotaron cinco o seis hombres vestidos de negro que, obedeciendo las indicaciones de una persona invisible, se dispersaron por los alrededores.

Al notar la capa de uno de ellos, pudo verse percibir el uniforme de los representantes de la Justicia. ¿Cómo y por qué estaban allí? ¿Quién era la persona que les había informado?

El que los capitaneaba, situó a dos en las calles laterales, a otro en la esquina,

apostó al postrero al pie del vehículo, mientras él se persona subía a detener al fugitivo.

Era irrisorio suponer que Ben no se había percatado de su llegada. El joven estaba continuamente sobre aviso. El rodar de un coche a aquellas horas y la circunstancia de detenerse allí, le animaron a investigar a qué se debía.

Allí estaban los guardias. Presenció cómo eran repartidos estratégicamente, y asimismo la entrada de su jefe en la pasada. Apresuradamente se despojó del froc para tener libres los brazos. El guardia tardaría algo en llamar; debía estar buscando su departamento.

Apagó los dos candelabros que había encendido y arrastró la larga mesa de la habitación contra la puerta, en donde apoyó uno de sus extremos. El guardia golpeó la madera con los nudillos; no obteniendo contestación, se puso a empujar con toda su alma, mientras Ben hacía otro tanto.

Pero hubiera sido loco creer poder resistir de aquella manera. No, su intención era otra, y la puso en práctica inesperadamente. Dejó de apretar, la mesa patinó, la puerta abrióse de golpe y el guardia cayó de broces en el interior. Al punto, Beo volcó la mesa sobre él, dejándole privado de movimiento.

Estudió la situación de la escalera e hizo una mueca.

De pronto, algo saltó de un balcón a la calle, precipitándose precisamente sobre el policía que custodiaba el coche... Era Beo, quien ayudó a levantar al vigilante y le tumbó de un directo a la mandíbula.

El rápido fin del guardia, estimuló al cochero a huir. Recogió las bridas y tiró de ellas. Fue inútil. Ben le asió de una pierna, le atrajo hacia sí y... un segundo más tarde, el cochero se aplastaba, como un saco de harina, contra el desigual empedrado.

El objeto perseguido por Ben era el de hacerse dueño del coche y despertar con él a sus perseguidores. Sentóse, pues, en un abrir y cerrar de ojos en el pescante y empujó las bridas...

Algo notablemente duro, raído y pulimentado, se apoyó con vigor contra su espina dorsal. Hasta el más ignorante hubiera asegurado que era el cañón de una pistola.

La sangre se le heló en las venas, porque el contacto fué seguido de una orden pronunciada por una voz conmovedora de él:

—Levanta las manos y no te muevas.
¡Era sir Arthur Blake!

CAPITULO VII

LAS PRUEBAS

Desde su arresto, una monótona pregunta estuvo martirizando a Ben: ¿Quién le había delatado a la policía? Únicamente tres personas conocían su auténtica personalidad: su abuelo, Isabel y Pratt. Naturalmente, podía haber sido reconocido por alguien... aunque esta circunstancia era muy improbable, ya que ni su mismo abuelo lo había conseguido tras de la separación.

Lo más terrible del caso, y lo más misterioso, era haber sido detenido por el propio sir Arthur. ¿De qué manera y por quién había sido avisado el aristócrata? La cabeza le dolía, los nervios se le tensaron, pero no obtuvo una contestación plausible.

Y en vista de ello, forjó una teoría. Su abogado, Bartholomew Pratt, le había delatado. Así quedaba justificada su anormal conducta. La vista de su causa finalizaba, sin que Pratt apareciera ante el Tribunal para defenderle... ¿Las perlas, no cabía duda, fueron el señuelo de la trucción [...]

Abandonado a sus propios medios, el juicio le fué contrario. No sólo su impetuosidad contribuyó a ello, y la falta de pruebas, pero también su orgullo. Aceptaba todas las acusaciones que se le hacían y, en lugar de suplicar, como de-

seaba el jurado, su altivez no cedía. En resumidas cuentas: ¡estaba perdido!

Carecía, asimismo, de noticias de su abuelo. Sabía que había recobrado su libertad por una breve conversación sostenida con él, cuando le encargó que se relacionara con su defensor.

Detante la pausa anterior al fallo de su caso, estuvo sentado en un banco y con la cabeza entre las manos. Un par de guardias le vigilaban. Se escuchó un rumor a través del pesado portulón, y uno de sus guardianes cortó la micilla. El visitante era Amos Kilder.

—¿Puedo hablar dos palabras con el preso?... Es mi nieto.

—Bueno, vejete, te damos un minuto —concedió, marchándose, su colega.

Los dos hombres, abuelo y nieto, se abrazaron y fueron hacia una esquina de la celda. El anciano estaba agitado por una gran emoción, más pálido incluso que el mismo Ben.

—¿Has visto a Pratt?

—Sí, después de dos días de tentativa, conseguí llegar hasta él. Me dijo que no conoce a ningún Benjamín Blake. Ningún haberse entrevistado nunca contigo.

Ben hizo un gesto de desaliento, después de lo cual echó los hombros hacia atrás.

—Sí, debí haberlo supuesto—murmuró.
—Fue bastante necio al poner mi confianza en él.

Auno intentó consolarle con algunas palabras cariñosas, pero lo impidió la entrada de los guardias, indicando el fin de la entrevista.

El tribunal estaba formado por un jurado y un juez de la alta sociedad. Una vez hubo sido guiado a la sala de vistas, totalmente llena de gente de diversa condición, Ben asintió con un gesto a su abuelo, sentado en primera fila, no lejos del abogado de sir Arthur, que le daba la espalda.

El alguacil hizo callar a la sala y todos se pusieron en pie para la entrada del juez. Este era un hombre corpulento, de enorme y redonda cara, tocado con una rizada peluca que hacía juego con su corpulencia. Dió la orden de sentarse y él hizo lo mismo.

A pesar de pertenecer a la aristocracia, había algo en Ben que despertaba su humanidad, ya que no su simpatía. Por lo demás, el caso era lo suficientemente diluano para que sintiera otra cosa. Hizo una seña al alguacil y éste golpeó la mesa, reanudando el juicio.

—¿Tenéis alguna cosa que alegar en vuestra defensa antes de que la ley pronuncie sentencia?—preguntó el juez a Ben.

Este se levantó, estudiando la sala en silencio. El jurado, el defensor de sir Arthur, éste y una parte de la sala, le eran francamente hostiles. Esta animosidad le dejaba indiferente, seguro como estaba de que su muerte estaba decretada. Unicamente quería hablar para aquellos cuyo corazón se estremecía al adivinar su sino, para aquellos que, a pesar de estar lejanos, le habían amado ha-

ciéndole comprender el valor real de las cosas, de su juventud y de su corazón.

—No, excelencia. Nada tengo que alegar en mi defensa, porque soy autor del crimen que se me imputa—anunció con serenidad.—Y si de nuevo volviese a nacer, volvería a cometer el mismo crimen y me prepararía a ser ahorcada otra vez. La acusación es que yo, humilde siervo, atenté contra la vida de mi amo. No importa que la agresión estuviese de sobras justificada. La ley dice que he de morir por ello. Para vosotros es suficiente.

El juez arqueó las cejas, alabándole mentalmente por su usadía. Sir Arthur dijo unas palabras en voz baja a su abogado y se rió luego. En el jurado hubo un movimiento de malestar, apenas disimulado. Las palabras del reo eran agudas sargas que se clavaban en el blanco de su conciencia.

—Si la justicia fuese tal, en verdad decretaría que a hombres cual sir Arthur Blake no se les debe permitir usufructuar bienes ajenos, que ellos hacen íntimo instrumento de su crueldad y de su brutalidad.

Sir Arthur, al ser aludido, con el resultado de que todas las pupilas se fijaron en él, sacó un pañuelito de encaje y se tapó la boca, simulando ocultar un bostezo forzado. Por duro y egoísta que fuese, las frases de Ben le herían como el látigo que antaño empleara contra él.

—Yo sólo osé desafiario, porque en nuestras venas corre la misma sangre, porque he sufrido por causa de una injusticia suya, una injusticia que no interesa ni a Vuescencia ni al jurado. Otros han sufrido tanto como yo, más que yo...—su índice señaló.—Hombres hubo tu-

liden por él; uno quedó ciego... otros, muerta el espíritu, quedan sin esperanzas de reparación ante la ley, porque la ley está del lado de sir Arthur y de su casa...

Esa frase final, precedida por la terrible acusación descrita, produjo un revuelo entre el público, tanto entre los pobres como entre los aristócratas, que tenían en el trato de sus siervos un criterio distinto al del barón, al que ya conocían de oídas o por haber sido insultados alguna vez.

El abogado de sir Arthur se levantó, pero su voz se perdió en el tumulto, para apaciguar el cual, el martillo del juez repiquetó con insistencia.

—Excelencia, esto es intolerable... — se oyó decir al abogado.

Pero el juez no le hizo caso. El acusado podía hablar lo que quisiera en su alegato final, siempre y cuando no atentara contra la dignidad del Tribunal, que, hasta aquel instante, no había sido ofendido. Por consiguiente, levantó una mano y le interrumpió:

—El preso queda autorizado para seguir.

Crusó las manos sobre su abdomen y miró a Ben. Amos Kilder se animó con esta prueba de benignidad. Otros protestaron y el mazo les enmudeció.

Ben se inclinó ante el imparcial juez y reanudó su discurso:

—Gracias, milord. No guardo rencor a este tribunal. Tuve una causa favorable. Vuestra Excelencia y el jurado cumplirán su deber condenándome. Pero yo sólo espero que, al ir al patíbulo, contribuya al fin de esta injusticia. Días llegarán, estoy bien segura, en que los ingleses, que sirven a otros ingleses, serán libres... pagados por su trabajo, pero

considerados como hombres, no como cosas.

Hizo una reverencia para señalar que había terminado y se apartó del borde de la tarima en que estaba custodiado por dos guardianes. El juez resopló y adelantó el cuerpo sobre la mesa.

—Las manifestaciones del acusado son interesantes y hasta ciertas. Pero, como él mismo ha dicho, la justicia de este tribunal se ajusta rígidamente a la letra de la ley. En consecuencia, debo dictar sentencia sobre ti.

Un silencio expectante llenó la sala. Algunos principiaron a levantarse, mientras el juez cubría su peluca con el birrete. Luego, se apoyó sobre las palmas de las manos y abandonó el gran sillón con dificultad.

Los ojos de Ben relampaguearon.

—Por el crimen... del cual estás convicto y confeso... La sentencia de este tribunal es... —anunció penosamente.

Pero aconteció algo inesperado. La gran puerta de la sala retumbó al ser cerrada con estrépito, haciendo volver todas las cabezas en tal dirección.

—Milord, ¿puedo replicar la indulgencia del tribunal?

¡Era Bartholomew Pratt!

Ben notó que un sudor frío se extendía por su frente. Crusó la sala el abogado con su habitual sonrisa irónica, despreciando el protocolo, pero Pratt estaba en buenas relaciones con el Rey para que se le tomase en cuenta su atrabiliario proceder.

La lengua del juez se despegó del paladar, a donde la súbita interrupción del abogado la había enviado, y se quitó el birrete, que colocó sobre la mesa, algo molesto del escrutinio a que le sometían los ojillos de Pratt. También el po-

día necesitar su inocencia; pero, también, y esto era lo importante, el abogado no iba a arriesgarse a entorpecer un juicio por puro capricho. O sea, vislumbraba el juez, que había una verdad que conocer.

Pratt, sin esperar la anuencia, dejó un rollo de papeles al lado de su amanuense, quien le entregó la toga, que sacudió sin contemplaciones, y la peluca. Esta última quedó algo ladeada en su cabeza, asemejándole a un pájaro en la época del cambio de pluma.

—Este tribunal escuchará con interés todo cuanto el señor Bartholomew Pratt quiera decir.

Sir Arthur dió un codazo a su abogado, que no necesitaba que le acusasen para interponerse entre el poder de Pratt y el acusado. Como un eco, protestó inmediatamente:

—Perdón, Excelencia. El jurado ha hecho ya sus averiguaciones. Y, por tanto, considero que sería injurioso.

—El tribunal oirá al señor Pratt—corrió el juez.

El abogado de Ben concluyó de vestirse sus prendas y masculló unas palabras indefinibles, en alabanza de la prudencia del juez. Pero éste replicó, con mucho interés:

—Pero la que el caballero letrado dice es cierto. El tribunal ha encontrado ya culpable al acusado.

—En el supuesto que sus hechos fuesen evidentes, nunca me atrevería a volver sobre ellos—contestó Pratt con risueña malicia.

Sir Arthur palideció después de esta afirmación. El público compartió la excitación del juez, de Ben y de su abuelo, observando a la parte acusadora, que se esforzó en componer su mal compuesto rostro.

—El detenido es culpable del crimen de que se le acusa... pero habrá que demostrar, en primer lugar, que ha cometido tal crimen.

Tras de este golpe teatral, de un gran efecto psicológico, Pratt dejó de hablar por la sencilla razón de que estaba segura de que no podría hacerlo. En efecto, el grito de estupefacción, sostenido luego en conversaciones y disputas particulares, lo hubiera impedido.

El juez, hombre al fin, se olvidó hasta del mazo. ¡Decir aquello, suponía que, o Ben era inocente, o Bartholomew Pratt estaba más loco que un certero! Y las dos cosas, barruntaba, podían ser ciertas.

—No comprendo vuestra alegación, señor Pratt. La evidencia no ha sido refutada. El acusado no ha negado los hechos.

Ben mismo experimentó enorme curiosidad por conocer la astucia que llevaba preparada su abogado para salir del paso. Era como presenciar una carrera de caballos o un combate de boxeo. Sir Arthur empujaba a ojos vistas en su silla; su arrogancia le abandonaba. Y Ben se dijo que sólo por aquello valía la pena de pedir perdón a Pratt por haber desconfiado de él.

Pratt escuchó el reparo del juez con su sonrisilla de siempre, butó despectiva y, cogiendo las solapas de su toga, reposó:

—Perfectamente cierto, millord. Segda yo entiendo, está acusado de un intento de agresión contra la persona de sir Arthur Blake, barón de Breetholm.

—Sí.

La informalidad de Pratt aumentó hasta el punto de hacer un guiño al acusa-

do, como advirtiéndole: «Ahora oírás algo bueno». Y exclamó silabeando:

—Gracias. Entonces, milord, debo manifestar que no pudo haber tal crimen. Nunca ha existido sir Arthur Blake, ya que el hombre acusado de haberlo cometido... hizo un alto teatral—es, y lo era en el momento de la alegada ofensa, el propio sir Benjamín Blake, barón de Breetholm.

Su última afirmación produjo el efecto de una explosión. Hasta Ben confesó que la usadía de Pratt iba demasiado lejos.

Su abuelo tuvo que ser contenido para que no saltara la barrera y se arrojara en sus brazos. El público casi aplaudió al abogado, que proseguía burlando; el juez casi asió la mesa a puras gupes.

Sir Arthur estremecióse y quiso sonreír con desafío; en verdad, la mueca resultó lastimosa. Las tornas se volvían contra él y no presentaban buen cariz. Rugió a su abogado que interviniese, pero éste, desazonado y temiendo haber cometido un gran error, sólo pudo balbucear en dirección al tribunal:

—Milord... Vuestra Excelencia sabe que el jurado... pero, milord, estos... estos procedimientos son... Milord, yo protesto...

Impotente para ordenar sus pensamientos, se desplomó en su asiento, pasándose un pañuelo por la cara. Algo que con gran optimismo se podría denominar calma, fué impuesto a la sala.

El juez recogió las riendas de la causa:

—Un relato extraordinario, señor Pratt—le alabó—. Pero vuestra intachable reputación exige que nos deis...

Pratt fulminó con la vista al desconcertado juez. ¿Habíase visto!... Tomarle por un abogadillo principiante. Hizo

una seña a su amanuense, el cual le pasó el rollo de papeles aludido anteriormente.

Los estudió y sacó uno del montón, que tuvo la virtud de ponerle nuevamente de buen humor.

—Estoy dispuesto a probarlo, milord. Si Vuecencia quiere leer la hoja de este diario... que pude conseguir en Londres de la compañía naviera a la cual pertenece el barco llamado «Reina de Calcuta», que navega entre este país y la India.

Y le aborrió la molestia, leyendo en voz alta para el jurado y el público:

—En este día uel en sagrado matrimonio a sir Godfrey Blake, pasajero, y a la señora Bessie Kilder, también pasajera—y entregó el diario al juez.

La prueba era tan concluyente, que era inútil añadir más para afirmar que Ben era noble y heredero legal de Breetholm; no obstante, como se sentía belicoso, recogió otro documento, y otro, y otro, y los fué depositando ante el juez a medida que hablaba:

—También tengo aquí las declaraciones juradas del capitán del «Reina de Calcuta», que vive todavía; la del doctor Fleetwood, médico de Bombay, y otras—concluyó arrojando los documentos sobre la mesa.

Para él había terminado el caso, lo mismo que para Ben, vuelto a la vida civil de aquella manera. En cambio, para sir Arthur señalaba el inicio de una época azarosa de su existencia, la pobreza, la humillación, la cárcel... a más de tener que soportar todas las ofensas que la venganza de su sobrino estimara convenientes.

Mientras Ben era puesto en libertad y

era felicitado por todo el mundo; el traidor ex barón de Broetholm se hurtó de la vista de sus antiguos amigos, que le volvían la espalda con desprecio, gracias a lo cual pudo salir sin ser visto de la sala, con una espada suspendida sobre su cabeza.

Pero por muy lejos que huyera, Ben no se preocupaba de ello. Tarde o temprano le alcanzaría. Y así olvidó a su enemigo, momentáneamente, por su ahúco, que le miraba como a un resucitado, lo que era en realidad.

Por último, la sala quedó desierta.

CAPITULO VII

LA VENGANZA

Arthur Blake escapó de Bristol a uña de caballo y con la rapidez de una exhalación penetró en el parque de la mansión de sus antepasados. Arrojó las bridas a un criado y, sin detenerse, entró en la casa, lanzó su sombrero a un rincón y se precipitó escaleras arriba, subiéndolas de tres en tres.

No tenía conciencia sino de que era un hombre perseguido, desde aquel momento, por falsario. Quizá sería aquella la última vez que pisaba los peldaños de la escalinata. Como un ciclón, jadeante, se adentró en la habitación de su hija.

—Isabel... Isabel...

La muchacha se le encaró, asustada por el tono de su voz. Resultó inútil la aclaración de su padre, cuyos ojos inyectados en sangre salían de las órbitas. Antes de que hablase, ya sabía el resultado del juicio.

—Ha ganado Ben.

Apartóse Isabel del tocador y anduvo

hacia él, preguntando con admirable sangre fría:

—¿Cómo?

—Llevó pruebas al juicio y consiguió la libertad. Bartholomew Pratt le defendió; ningún abogado de Inglaterra querrá rebatir la sentencia.

—Entonces... ¿Broetholm es suyo?

Su sonrisa enfureció a su padre, que le contestó, sacudiéndola por un brazo:

—Sí. Pero, ¿es que no lo entiendes? Estamos arruinados.

—¿Tú lo estás? Yo no.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te dije para qué vino aquí aquella noche? Vino a decirme que me quedase... como esposa suya.

El listo magín de Arthur en seguida captó el partido que podía sacar de aquel desconocido aspecto del asunto. Se frota las manos, mientras se paseaba, calculando las ventajas.

—No lo sabía... ¡Aun tengo alguna po-

sibilidad... Si... como padre de la novia debo ser persuadido para que dé mi bendición a tan brillante matrimonio.

Isabel, que se ponía el collar regalado por Ben, frente al tocador, le estudió con fría cólera. Su padre representaba ahora un contrincante para que pudiera entrar en posesión de la herencia de los Blake. Ben jamás lo aceptaría, ni por amor a ella.

—Me temo que tu bendición no sea apreciada.

—Creo que, al menos, tú la apreciarás—añadió, sin preocuparse de su ira.

Había ocupado un sillón y picoteaba negligentemente un racimo de uvas. Isabel perdió el control de su pasión y avanzó hacia él hecha una furia.

—¿Qué insinúas?

—Eres hija mía... y nos comprendemos mutuamente. Yo sé que ese matrimonio ha de hacerte muy feliz, sólo que espero que en tu felicidad no te sientas tentada a olvidarte de tu pobre padre, que ahora se encuentra débil y alatido.

—¿Por qué te he de olvidar?

—Estoy segura de que no la harás. Confía en la generosidad humana; y en ti por ser mi hija espero, además, hallar... —sacó la palabra con cinismo— el cariño filial que creo haber merecido.

Su reticencia alarmó a Isabel. Su padre no reparaba en nada cuando se trataba de satisfacer su enorme egoísmo.

—Habla de una vez.

Sir Arthur se puso en pie, con un suspiro de fingido desaliento, dejó el racimo en el frutero y la dominó con su elevada estatura.

—Ya que insistes. En caso de que seas tentada, sólo te ruego que no olvides... que compartimos un secreto que

bien pudiera interesar a tu feliz prometido.

—Sigue—gritó Isabel.

—Un extraño mozo Ben... violento y no tolera una ofensa...—de repente expresó su idea—: ¿Qué diría si por casualidad llegase a averiguar quién me dijo que lo encontraría en George y Crown la noche en que fue detenido? ¿Y qué dirías tú si eso ocurriera?

Las manos de Isabel se crisparon como si quisiera abofetearlo. Toda la maldad que la educación y la posición que ocupaba enmascaraban, brotó de repente en un grito de protesta, que retumbó extrañamente en la casa silenciosa:

—¡No te atreverás!

—¿Por qué no?—indagó cortésmente Arthur.

—Y aunque te atrevieras, diría que mentías. ¿Por qué crees que ha vuelto Ben? ¿Por venganza? ¿No!... ¿Por mí? Porque me ama... En toda su vida dejó de querermelo... Hará cualquier cosa que le pida... me creará cuanto le diga, aunque tú le asegures por todas tus antepasados que...

La burlona expresión del rostro de su padre, mantenida durante su explosión de cólera, se trocó, al mirar hacia la puerta, en alarmada y vigilante.

Porque en la puerta, apoyado en la jamba, estaba el propio Ben y lo había oído todo.

Pero, en vez de sentirse apesadumbrado de haber sido traicionado por la mujer que amaba, sintióse más fuerte y ligero. Tanto maldad le repugnaba y bien valía descubrirla a tiempo. Una sorprendente emoción, una especie de alejamiento de todas las cosas importantes hasta entonces, le dominó.

Sabía ahora a quien se debía la tra-

ción. A la propia Isabel, cuyo rostro aun relucía de malignidad. Había estado al borde de un precipicio; salía de un mal sueño. Comprendía, finalmente, que en los años pasados sólo había sido un juguete de ella, digna hija de su padre, tenido en cuenta por los posibles cambios del futuro. Y que al verle regresar triunfalmente, no había vacilado en seducirle y venderlo, como otro Judas, por Breitholm...

Isabel lo vió todo perdido. No obstante hizo un último esfuerzo y halagó su amor y caballerosidad en una apasionada protesta:

—¡Ben!... ¡Tú no debes creer lo que dice!... No es cierto, Ben. ¡No, no es cierto!

El joven, sin decir una palabra, arrancó el collar de su cuello y la empujó hacia la galería. Puesto que sus ambiciones habían sido defraudadas, ¡había sonado la hora de la venganza!

Cerró la puerta con llave, se apoyó en ella y dijo a Arthur:

—Algún tiempo atrás me internasteis por mi educación... Puede que quisáis contemplarla.

—Tendré la mayor satisfacción en hacerlo —respondió remedando su reverencia.

Arthur estaba todavía en el vigor de la virilidad, sostenida gracias al deporte. Ben había aprendido mucho en el «Tropic Star»; ya no era un muchacho, sino un hombre fuerte y decidido a todo.

Rápidamente se quitó el frac, mucho antes de que la hubiera hecho sir Arthur, quien retrocedió, acordándose de la primera enseñanza dada en la catedral. Pero Ben no era del mismo calibre moral, bajó la guardia y esperó a que estuviese a punto.

Dió un paso adelante y dos directos secos y precisos como la car de una mula, enviaton hacia atrás la cabeza de su tío como si la fueran a arrancar de cuajo.

Avisado de esta manera de que Ben era un pugilista veloz y duro como el mismo, esquivó un par de golpes más. Un dos, un dos, un dos, redoblaron los puños de Ben en el estómago de su contricante, mientras daba los golpes cruzados para defender con los antebrazos su cuerpo.

Pero un gancho de sir Arthur, que simuló desmayarse de dolor con un gemido, le arrojó al suelo. Como si el pavimento le diera fuerzas, se incorporó en un santiamén. La lucha se hizo más cauta. La agitación precedente había pasado y ambos sabían que iba a pender su vida o muerte del resultado.

Se contemplaron unos segundos, girando uno alrededor del otro, y la izquierda del barón se introdujo por un resquicio que dejaba la defensa de Ben. Chocó éste contra la mesa, destrozándola y apagando el candelabro. Sir Arthur se le echó encima y le aporreó el rostro hasta que con un esfuerzo supremo, Ben dobló sus piernas y le disparó contra el tocador.

Menudearon los golpes. La ira iba renaciendo en ellos. Durante un momento Ben estuvo cercano a la derrota. Pero se rehizo y sujetándole por el cuello le dirigió unos golpes cortos. El traidor tenía la cabeza dura. Volvió a atacar y nuevamente se repitió el castigo, derribándole, al fin, con la boca destrozada. Ben se pasó la mano por los ojos para apartar la sangre y los cabellos que le enturpecían la vista. Vacilante, con los nudillos despalmeados y sanguinolentos,

se dirigió hacia la puerta y dió la vuelta a la llave con dificultad.

No la había abierto del todo, cuando una pequeña lámpara se estrelló junto a su cabeza. Comprendió que sir Arthur había fingido un desmayo para acopiar el aliento perdido bajo sus puñetazos.

Esquivó una silla, que se hizo añicos contra la pared, y se echó contra sus piernas. Desplomóse el barón buscando una presa mortal, girando, jadeando y rodaron al pasillo, con tan mala suerte que el traidor quedó sobre Ben.

Dos o tres veces estrelló su derecha contra la barbilla. Las piernas de Ben se estrellaron a las suyas y le hicieron caer. Arthur se levantó antes que él y le arrujó contra una consola, atacándole nuevamente.

Los golpes repercutían en el cerebro

de Ben y a punto de perder el sentido, tensó sus músculos, apartó de sí a su tío con el brazo izquierdo, mientras sus nudillos chocaban con la rapidez de una centella contra su mentón. Arthur comprendió que su cacareada indestructibilidad estaba a punto de desaparecer e hirió el estómago de Ben con la rodilla.

Formó un círculo de hierro con las manos que lentamente iban asfixiando a su sobrino. Un golpe a ciegas de éste le alcanzó en la sien; otro y otro le pusieron en libertad. Por último, con un martillazo remachó la obra...

¡Ben se había vengado!

Los escalones recibieron el cuerpo exánime de Arthur dándole una posición grotesca y le miró, respirando con dificultad, hasta que llegaron los criados, ninguno de los cuales lamentó la suerte de su antiguo señor.

La servidumbre de Breetholm y Amos Kilder estaban reunidas en el salón principal, escuchando la lectura que Pratt hacía de un largo documento, cubierto de sellos oficiales.

—Y también es mi deseo que la heredad, cuyo nombre es Breetholm, se reparta entre mis buenos amigos, sus actuales arrendatarios, para que la exploren a su propio capricho y con entera y total libertad mientras ellos vivan.

El abogado hizo una pausa para cazarapear, aun cuando, en verdad, lo que intentaba era averiguar el efecto que la impensada donación hacía en su interlocutor. Y éste era, como había supuesto, asombroso.

Algunas mujeres lloraban, los hombres abrían sus bocas como si les faltara la respiración y Amos Kilder meneaba su cabeza, aprobando dulcemente, por ser el único que estaba enterado de los fines de Ben.

Prosiguió, pues, la lectura:

—Al morir ellos, quedará en propiedad de sus herederos. La casa solariega y el parque los cedo asimismo a mi abuelo y querido amigo Amos Kilder. En testimonio de lo cual, estampo en este día mi firma y sello — el abogado miró por encima del papel — Está firmado, Ben... Antes conocido por sir Benjamin Blake, barón y señor de Breetholm.

Y todos guardaron silencio...

¿Qué había sucedido? ¿Qué era de Ben? ¿A qué se debían tales renunciaciones, después de haber luchado tanto y con tanto valor para conseguir venganza y la rehabilitación de su nombre?

Después de vencer y arrojar de la mansión a sir Arthur y a Isabel, conoció algo que en el pasado se le hubiera antojado increíble. Fatigado por la victoria y de ver el casaca por el que los hombres medían la importancia de una persona, bastado ya de los honores y riquezas recién conquistados, sintió un gran vacío en su interior. La dicha se había tornado imposible en Inglaterra, después de tanta vileza y deslealtad.

Además, el desengaño americano experimentado con Isabel, a quien la distancia y su fantasía prestaran la seducción de lo desconocido, había abierto su ojos a la verdad. Jamás sería amado por sí mismo, exceptuando a un corto número de personas.

So alma se agitó nostálgica. Lejos, en el Pacífico, a muchos meses de navegación, varios centenares de personas quizá aguardaban su regreso con la misma impaciencia que ansiaba retornar. Caleb, con su letra infamante marcando indeleblemente su carne, el hombrecillo delgado, que se había percatado de la veracidad de la existencia, le llamaba, y le llamaban, también, el perfume de las flo-

res, la inmovible calma, la voz de Eva...

Por ello emprendió el crucero, conoció las tempestades, los vientos, el miedo y el hambre; los conoció, sí, pero con una triunfal armonía resonando incansable, la armonía del amor y de la sencillez, que situaban a las cosas en su lugar adecuado.

Cuando el barco fletado por él disparó el cañonazo en la ensenada y acudieron las piraguas de los indígenas, que adivinaron que él tornaba, el ensueño le dominó.

Saltó a tierra. Caleb le estrechaba la mano, el jefe, los hombres y las mujeres, entonando un himno de salutación, le abrazaban y agasajaban... Pero, ¿ocurría así? ¿Era realidad?...

Y pronto advirtió que sí lo era. El jefe, con un grave ademán, le señaló la extensa y sinuosa playa. Sobaban las frases.

Corrió, pues, hacia la diminuta y deonlada figurilla de Eva, que avanzaba lentamente y que con un grito de resurrección abrió los brazos, en los que poco después descansaba, tembloroso de dicha y de paz.

Caleb no había errado. Ben, el hijo de la furia, aprendió de esta manera lo que es un verdadero tesoro.

El cariño y la nobleza de nuestros semejantes.

FIN

Nueva colección de gran éxito:

PELICULA GRAFICA

TITULOS PUBLICADOS

1. EL SIGNO DEL ZORRO, por Tyrone Power.
2. EL LIBRO DE LA SELVA, por Sabú.
3. ¡QUE VERDE ERA MI VALLE! por Walter Pidgeon.
4. EL HIJO DE MONTECRISTO, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
5. EL CAPITAN CAUTELA, por Víctor Mature, Bruce Cabbot y Leo Carrillo.
6. ESTUDIANTES EN OXFORD, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
7. CUMBRES BORRASCOSAS, por Lawrence Olivier, Merle Oberon y David Niven.
8. LA JUNGLA EN ARMAS, por Gary Cooper y David Niven.
9. EL LADRON DE BAGDAD, por Sabú.
10. MARINOS A LA FUERZA, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
11. ESMERALDA, LA ZINGARA, por Charles Laughton y Maureen O'Hara.
12. TARZAN Y LA DIOSA, por Herman Brix.
13. LA QUIMERA DEL ORO, por Charlot.
14. HACE UN MILLON DE AÑOS, por V. Mature, Carole Landis, Lon Chaney, Jr.
15. EL ALEGRE BANDOLERO, por Nino Martini, Ida Lupino, Leo Carrillo.
16. TEXAS, por William Holden, Claire Trevor.
17. EL HIJO DE LA FURIA, por Tyrone Power, Gene Tierney, etc.
18. LA TIA DE CARLOS, por Jack Benny, Kay Francis, James Ellison, etc.
19. SENDAS SINIESTRAS, por Randolph Scott, Kay Francis, Brian Donlevy, etc.
20. ¡QUE PAR DE LOCOS!, por Stan Laurel y Oliver Hardy.

¡Inmejorable presentación!

¡Numerosas fotografías!

PRECIO:

1. Pta.

Títulos varios en existencia

SERIE "TRIUNFO"

PRECIO: 700 PTAS.

- Marios de Nueva York, por Jackie Cooper y Martin Schulz.
 Amor inmortal, por Lillian Harvey y Louis Jourvet.
 El desafío y la dama, por Rustia Moreno.
 Batallas, por Warner Baxter y Wallace Henry.
 Cuando me siento feliz, Noche de estreno y Cuatro revoluciones (Serie Tito).
 El secreto de China, Charlie Chan en la pista, Charlie Chan en la Opera (Serie Tito).
 Místen Wong en el Reino China, por Boris Karloff.

PRECIO: 750 PTAS.

- Hain dos banderos, por Claudette Colbert y Ronald Colman.
 El pequetismo, por Felicia y Lucien Baroun.
 Carnet de baile, por Marie Bel, Harry Barr y Haimi.
 Doves intrusa, por George Sanders y M. MacGuire.
 Casando de año, por Jane Withers.
 La cura sin fin, por Victor Francen y Marcelle Chantal.
 Suprema decisión, Edwige Fenech.
 Su nombre es los periódicos, por Margaret Lockwood, Harry Belton.
 Adorable intrusa, por Judy Canova.
 Esa que llama amor, por Annabella y Henry Fonda.
 Dos entre un millón, por Sonja Henie y Don Ameche.
 Camarita de gloria, por Libertad Lamarque.
 El caballero del anillo, por Gino Cervi y Lela Rocca.
 La ley sagrada, por Micheline Presley y Marcelle Chantal.
 Muerte al zapo, por Cilea Brook y Anna Lee.
 La vida de Carlos Gardel, por Hugo del Carril.
 Por otro quemar, por Bárbara Stanwyck y Herbert Marshall.
 Los de las tinieblas, por Alida Valli y Fenech Giachetti.
 Melodías eternas, por Gino Cervi y Conchita Montenegro.
 Miercoles de una noche, por Sabina Olmos y Santiago Arias.
 Lydia, por Marie Oberon.
 Chicago, por Tyrone Power y Alice Faye.
 Resaca la ilusión, por Emma Gramatica e Isa Foa.
 El joven Edipo, por Mickey Rooney.
 Angel, por Charles Boyer y Mady Lamare.
 El apasionado perdido, por Spencer Tracy.
 Mi marido está loco, por Myrna Loy y William Powell.
 Sólo se vive una vez, por Henri Fonda y Sylvia Sydney.
 El innu sagrado, por Carole Lombard y James Stewart.
 El ángel de las penurias, por Gary Cooper.
 El castillo de los misterios, por Boris Karloff.
 Bela Lugosi y Peter Lorre.
 Baía de fuego, por Gary Cooper y Bárbara Stanwyck.
 Visión de los Novias, por Tyrone Power, Myrna Loy y George Brent.
 Ella y su conversión, por Rosalind Russell, Fred Mac Murray.

Una gran señora, por Barbara Stanwyck y Joel McCrea.

- El rey de los mares, por Franchot Tone.
 Espera, doctor y enfermera, por Loretta Young.
 Warner Baxter y Virginia Bruce.
 Sue, por Tyrone Power, Loretta Young y Annabella.
 El signo del sur, por Tyrone Power.
 Tu vida mi vida, por S. Heine y Judith Pym.
 Siempre Eva, por Leslie Howard.
 El cine de Andalucía, por Anguillo.
 El hijo de Montecarlo, por Louis Hayward.
 Juan Rancos y George Sanders.
 Que vida era mi vida, por Walter Pidgeon.
 El hijo del gangster, por Jackie Cooper.
 La jungla en armas, por Gary Cooper.
 Cuadrón de novatos, por M. O'Brien y Lawrence Olivier.
 El capitán Caín, por Victor Mature.
 Eternamente tuya, por David Niven y Loretta Young.
 Encuentro la elegancia, por Charles Laughton.
 El alegre bandolero, por Nino Martini, I. Lupino.
 Tiroles y la dama, por Herman Bing.
 Hace un millón de años, por Victor Mature y Carole Landis.
 El hijo de la furia, por Tyrone Power, Gene Tierney y George Sanders.
 La tía de Carlos, por Jack Benny.
 Sondas stiletteras, por Randolph Scott, Kay Francis.
 Texas, por W. Huston, Cydria Foster.
 Un hombre invencible, por Melvyn Douglas, Jean Hersholt.

SERIE "PRODUCCION ESPANOLA"

- La hermana San Sulpicio, por Imperia Argentina.
 La hija de Juan Simón, por Angeliña, Filas Muñoz y Carmen Amara.
 La Dolores, por Conchita Piquer.
 Santa Rosalia, por Rafael Rivelles, Juan de Landa y Mimi Muñoz.
 El 11.000, por Joaquin Herrán y Rafael Durán.
 Patria a bordo, por Lina Yegros.
 Excepciones, por Alfredo Mayo.
 Su hermano y él, por Amador Viza y Enrique Guitart.
 Toco, por Imperia Argentina.
 Escamoteo, por Alfredo Mayo.
 Píscovilla, por Joaquin Herrán y Rafael Durán.
 La muerte de la duquesa, por Carmen Gracia y Luis Peña.
 Una joven de un año, por Lina Yegros y E. Hernández de Córdoba.
 Los millores de Parichicola, por Marta Santaolalla, Manuel Luna y Luis Peña.
 Tachellón, por Estrellita Castro.
 Su Excelencia el Marqués, por María José Simó, Luis Yegros y Michel.
 Legión de honor, por Emilio Sandoval, Matilde Macho y Rosita Alba.
 Fuego de al sur, por Pastora Peña y Luis Peña.
 Viena y Marlene, por Blanca de Siles y Pastora Peña.
 48 horas, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.
 Siempre mujeres, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.
 Se ha perdido un cadáver, por Roberto Font.

La vida está loca, por Juana Hernández e Inés Martín.
En vida es su canción, por Isabel de Pando y Julio Peña.
Definitivamente cantos, por Amparito Ríos y Alfredo Mayo.
De cabaleros cantos, por Amparito Ríos y Alfredo Mayo.
Canciones, por Luchy Soto y Carlos Muñoz.
El mundo de los cantos, por Pío de Saavedra.

Arribada cantos, por Alfredo Mayo y Silvia Morgan.
El mundo del amor, por Alicia Romay y Jacinto Quirós.
Con los años del alma, por Matilde Viqueza, F. Fernández de Córdova y Manuel Luna.
Ella, él y sus cantos, por Juana Hernández y Rafael Durán.
Macarena, por Juana Hernández y Miguel Ligeró.

TÍTULOS EN EXISTENCIA:

Cancionero Regional, 250 canciones regionales de gran éxito. 16 fotografías.
Cancionero al día, 100 canciones modernas. 32 fotografías y biografías.
Cancionero de hoy, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.
Cancionero de los éxitos, 150 canciones de gran éxito. Jazz-Hot, Argentinas, Mexicanos, Cubanos, «Yolas», «La Centineta del Palaco».
Cancionero del momento, 128 canciones de Jazz, Hot y Melodías, 25 fotos exclusivas.
Cancionero Flamenco, Repertorio, autores e intérpretes del día. 34 fotografías.
Cancionero «Penas y Alegrías», la creación más reciente de Juanito Valderrama.
Cancionero de los Triunfos Regionales, Los éxitos del día.
Cancionero Jovial, (Repertorio Alady Lope).
Cancionero «González María», sus triunfos más recientes.

Precio: 2'50 ptas.

Cancionero Roberto Fent, Los canciones más grandes de este gran artista. Biografía Anecdótica. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.

Precio: 3'00 ptas.

Emociones cinematográficas de un figurante (la vida de los cantos en los estudios; alegrías y simpatías de los cantos; los secretos del cine). 3'00 pesetas.

Ritmos de humor, por Fidelio Trimalción, 5'00 ptas. (Lectura hilarante. Optimista. Agradable).

Recetas de Prensa, por Antonio Lomada, 2'50 ptas. Los hechos mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Butterfly, comedia de Enrique Casanova y Francisco-María Botana.

Precio: 2'84 ptas.

ORTEGA, MANOLITO y ANFUSA, por José Lara. Numerosas fotografías. — 2 ptas.

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona

